

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LIV - Núms. 797-798  
Noviembre-Diciembre 1997

Edita: Fundación Ramon Orlandis  
i Despuig  
Director: Josep M. Mundet i Gifre

Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33  
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.  
Sant Gabriel, 70-76. Esplugues de L.  
Depósito Legal: B-15860-58



El año de santa Teresa del Niño Jesús  
J.M.M.G.

«Divini amoris scientia». Carta Apostóli-  
ca de Juan Pablo II

Navidad 1997

La tarea josefológica del P. Francisco  
de Paula Solá Carrió, S.I.  
Francisco Canals Vidal

Una intensa devoción a la Virgen María.  
Mensaje de Juan Pablo II a la familia  
religiosa montfortiana

«La madre Teresa de Calcuta compren-  
dió plenamente el evangelio del amor».  
Homilía del cardenal Sodano

In memoriam. Padre José Julio  
Martínez, S.J.  
Juan Luis Cortina, S.J.

María en el plan de salvación  
Werenfried van Straaten

Nuestra Señora de Knock, reina de  
Irlanda  
Marta Montagut Porcar

La Sagrada Forma de El Escorial. Breve  
aproximación histórica y documental  
Fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

España mártir. Juan Roig Diggle

La actualidad religiosa  
Javier González Fernández

La actualidad política  
Jorge Soley Climent

Por la declaración de san Ignacio  
de Loyola como Doctor de la Iglesia

## *Santa Teresa del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia*



## El año de santa Teresa del Niño Jesús

Con la proclamación oficial, el pasado 19 de octubre, del Doctorado de santa Teresa del Niño Jesús para toda la Iglesia universal se cerraba de la forma más solemne posible un año dedicado a recordar, con ocasión del centenario de su muerte, el mensaje de la «santa más grande de los tiempos modernos», según la expresión de san Pío X.

CRISTIANDAD, que desde su fundación se ha esforzado, siguiendo el impulso del padre Orlandis, por difundir este mensaje de Amor —y por solicitar, ya en 1971, el reciente Doctorado— tomó como «propio» este año de conmemoración y ha dedicado numerosos artículos a la Santa de Lisieux, y un número —el último—, prácticamente monográfico. Schola Cordis Iesu, por su parte, ha organizado conferencias y ha colaborado con Fundación Balmesiana en un ciclo que se dio la pasada primavera en los locales de esta Fundación y que han sido publicadas en CRISTIANDAD. Además, nuestra revista se hizo eco de las peregrinaciones que Schola organizó a Lisieux durante el verano y a Roma con ocasión del Doctorado. Y es que, como recordaba María Bergera en nuestro número anterior, «es mucho lo que debe Schola Cordis Iesu a santa Teresa de Lisieux».

Pero, como decíamos en el mismo número, declarar un Doctorado es poner una luz en el candelero, no esconderlo debajo del celemin. Y la tarea que nos queda es la de difundir *siempre* la noticia del amor y de la misericordia de Dios. Este es el mensaje del documento de proclamación, *Divini Amoris Scientia*:

«Ella ha hecho resplandecer en nuestro tiempo el atractivo del Evangelio; ha cumplido la misión de hacer conocer y amar a la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo; ha ayudado a curar las almas de los rigores y de los temores de la doctrina jansenista, más propensa a subrayar la justicia de Dios que su divina misericordia. Ha contemplado y adorado en la misericordia de Dios todas las perfecciones divinas, porque “incluso la justicia de Dios, y tal vez más que cualquier otra perfección, me parece revestida de amor” (Ms A 83 v). Así se ha convertido

en una imagen viva de aquel Dios que, como reza la oración de la Iglesia, “manifiesta especialmente su poder con el perdón y la misericordia” (cf. *Misal romano, oración colecta* del domingo XXVI del tiempo ordinario)».

El mensaje central de Teresa es el del amor y de la misericordia de Dios por los hombres. El centenario de la muerte de santa Teresa del Niño Jesús ha coincidido, casi día por día, con el de la muerte de la Madre Teresa de Calcuta. Al entrar en religión ella había cambiado su nombre de Agnes por el Teresa, precisamente en recuerdo de la santa de Lisieux. Y ella entendió este mensaje del amor misericordioso de Dios y se hizo su instrumento, porque nuestra capacidad de amar procede del amor de Dios, según nos enseña san Juan. Y los rigores por los que el hombre necesita sentir el amor de Dios son —todavía— el jansenismo de un «elitismo espiritual» que parece reservar la justicia — más que la misericordia— para unos pocos; pero también los rigores de la desorientación, del desánimo, del desamparo, de la tristeza, de la prepotencia de los fuertes, de la dictadura de los poderes injustos, descristianizadores y corruptores, de la extrema miseria material...

«Es el Evangelio mismo, el corazón del Evangelio lo que ella ha reencontrado», dijo Pío XII. Y en ese Evangelio resuenan las palabras de Jesús: «Venid a Mí los que estáis apesadumbrados...». Sólo los pequeños, los apesadumbrados, los cansados —que son precisamente los destinatarios del Mensaje— son capaces de sentir la necesidad de ser amados.

Que el formalismo que pueda tener el acto de proclamación del Doctorado —y hasta el «respeto» mundano que pueda inspirar esta palabra— no nos hagan olvidar la razón por la cual los devotos de la Santa lo pidieron y el Papa lo proclamó: el redescubrimiento del camino de la confianza en el Amor de Dios, de la infancia espiritual, que es el camino de las almas pequeñas y necesitadas.

J.M.M.G.

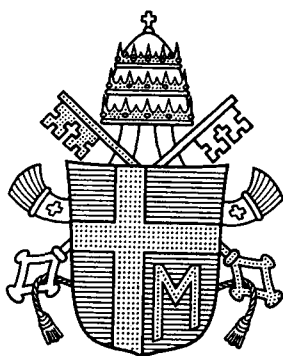
La entrada en «la plenitud de los judíos» (Rm 11,12) en la salvación mesiánica, a continuación de «la plenitud de los gentiles» (Rm 11,25; cf. Lc 21,24), hará al pueblo de Dios «llegar a la plenitud de Cristo» (Ef 4, 13).

Del *Catecismo de la Iglesia católica*, núm. 674

## *Santa Teresa del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia universal*

CARTA APOSTÓLICA DE JUAN PABLO II

### «DIVINI AMORIS SCIENTIA»



1. La ciencia del amor divino, que el Padre de las misericordias derrama por Jesucristo en el Espíritu Santo, es un don, concedido a los pequeños y a los humildes, para que conozcan y proclamen los secretos del Reino, ocultos a los sabios e inteligentes: por esto Jesús se llenó de gozo en el Espíritu Santo, y bendijo al Padre, que así lo había establecido (cf. *Lc* 10,21-22; *Mt* 11,25-26).

También se alegra la Madre Iglesia al constatar que, en el decurso de la historia, el Señor sigue revelándose a los pequeños y a los humildes, capacitando a sus elegidos, por medio del Espíritu que «todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios» (1 *Co* 2,10), para hablar de las cosas «que Dios nos ha otorgado (...), no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales» (1 *Co* 2, 12.13). De este modo el Espíritu Santo guía a la Iglesia hacia la verdad plena, la dota de diversos dones, la embellece con sus frutos, la rejuvenece con la fuerza del Evangelio y la hace capaz de escrutar los signos de los tiempos, para responder cada vez mejor a la voluntad de Dios (cf. *Lumen gentium*, 4 y 12; *Gaudium et spes*, 4).

Entre los pequeños, a los que han sido revelados de manera muy especial los secretos del Reino, resplandece Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, monja profesa de la orden de los Carmelitas Descalzos, de la que este año se celebra el centenario de su ingreso en la patria celestial.

Durante su vida, Teresa descubrió «luces nuevas, significados ocultos y misteriosos» (*Ms A* 83 v) y recibió del Maestro divino la «ciencia del amor», que luego manifestó con particular originalidad en sus escritos

(cf. *Ms B* 1 r). Esa ciencia es la expresión luminosa de su conocimiento del misterio del Reino y de su experiencia personal de la gracia. Se puede considerar como un carisma particular de sabiduría evangélica que Teresa, como otros santos y maestros de la fe, recibió en la oración (cf. *Ms C* 36 r).

2. La acogida del ejemplo de su vida y de su doctrina evangélica ha sido rápida, universal y constante en nuestro siglo. Casi a imitación de su precoz maduración espiritual, su santidad fue reconocida por la Iglesia en el espacio de pocos años. En efecto, el 10 de junio de 1914 Pío X firmó el decreto de incoación de la causa de beatificación; el 14 de agosto de 1921 Benedicto XV declaró la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios, pronunciando en esa ocasión un discurso sobre el camino de la infancia espiritual; y Pío XI la proclamó beata el 29 de abril de 1923. Un poco más tarde, el 17 de mayo de 1925, el mismo Papa, ante una inmensa multitud, la canonizó en la basílica de San Pedro, poniendo de relieve el esplendor de sus virtudes, así como la originalidad de su doctrina, y dos años después, el 14 de diciembre de 1927, acogiendo la petición de muchos obispos misioneros, la proclamó, junto con san Francisco Javier, patrona de las misiones.

A partir de esos reconocimientos, la irradiación espiritual de Teresa del Niño Jesús ha aumentado en la Iglesia y se ha difundido por todo el mundo. Muchos institutos de vida consagrada y movimientos eclesiales, especialmente en las Iglesias jóvenes, la han elegido como patrona y maestra, inspirándose en su doctrina espiritual. Su mensaje, a menudo sintetizado en el así llamado «caminito», que no es más que el camino evangélico de la santidad para todos, ha sido objeto de estudio por parte de teólogos y autores de espiritualidad. Se han construido y dedicado al Señor, bajo el patrocinio de la santa de Lisieux, catedrales, basílicas, santuarios e iglesias en todo el mundo. La Iglesia católica en sus diversos ritos, tanto de Oriente como de Occidente, celebra su culto. Numerosos fieles han podido experimentar el poder de su intercesión. Muchos, llamados al ministerio sacerdotal o a la vida consagrada, especialmente en las misiones y en la vida contemplativa, atribuyen la gracia divina de la vocación a su intercesión y a su ejemplo.

3. Los pastores de la Iglesia, comenzando por mis predecesores los Sumos Pontífices de este siglo, que propusieron su santidad como ejemplo para todos, también han puesto de relieve que Teresa es maestra de vida espiritual con una doctrina sencilla y, a la vez, profunda que ella tomó de los manantiales del Evangelio bajo la guía del Maestro divino y luego comunicó a sus hermanos y hermanas en la Iglesia con amplísima eficacia (cf. *Ms B* 2 v - 3 r).

Esta doctrina espiritual nos ha sido transmitida sobre todo en su autobiografía que, tomada de los tres manuscritos redactados por ella en los últimos años de su vida y publicada un año después de su muerte con el título: *Historia de un alma* (Lisieux 1898), ha despertado extraordinario interés hasta nuestros días. Esta autobiografía, traducida, al igual que sus demás escritos, a cerca de cincuenta lenguas, ha dado a conocer a Teresa en todas las regiones del mundo, incluso fuera de la Iglesia católica. A un siglo de distancia de su muerte, Teresa del Niño Jesús sigue siendo considerada una de las grandes maestras de vida espiritual de nuestro tiempo.

4. No es sorprendente, por tanto, que hayan llegado a la Sede apostólica muchas peticiones para que se le conceda el título de Doctora de la Iglesia universal.

Desde hace algunos años, y especialmente al acercarse la alegre celebración del primer centenario de su muerte, esas peticiones han llegado cada vez en mayor número, incluso de parte de Conferencias episcopales. Además, se han realizado congresos de estudio y abundan las publicaciones que ponen de relieve el hecho de que Teresa del Niño Jesús posee una sabiduría extraordinaria y, con su doctrina, ayuda a muchos hombres y mujeres de cualquier condición a conocer y amar a Jesucristo y su Evangelio.

A la luz de estos datos, decidí encargar un atento estudio para saber si la santa de Lisieux cumplía los requisitos para poder ser declarada Doctora de la Iglesia universal.

5. En este marco, me complace recordar brevemente algunos momentos de la vida de Teresa del Niño Jesús. Nace en Alençon (Francia) el 2 de enero de 1873. Es bautizada dos días más tarde en la iglesia de Notre Dame, recibiendo los nombres de María Francisca Teresa. Sus padres son Louis Martin y Zélie Guérin, cuyas virtudes heroicas he reconocido recientemente. Después de la muerte de su madre, que acontece el 28 de agosto de 1877, Teresa se traslada con toda la familia a la ciudad de Lisieux donde, rodeada del afecto de su padre y sus hermanas, recibe una formación exigente y, a la vez, llena de ternura.

Hacia fines de 1879 recibe por primer vez el sacra-

mento de la penitencia. En el día de Pentecostés de 1883 recibe la gracia singular de curar de un grave enfermedad, por intercesión de Nuestra Señora de las Victorias. Educada por las benedictinas de Lisieux, recibe la primera comunión el 8 de mayo de 1884, después de una intensa preparación, coronada por una singular experiencia de la gracia de la unión íntima con Jesús. Pocas semanas más tarde, el 14 de junio del mismo año, recibe el sacramento de la confirmación, con viva conciencia de lo que implica el don del Espíritu Santo en la participación personal en la gracia de Pentecostés. En la Navidad de 1886 vive una experiencia espiritual muy profunda, que describe como una «conversión total». Gracias a ella, supera la fragilidad emotiva derivada de la pérdida de su madre e inicia «una carrera acelerada» por el camino de la perfección (cf. *Ms A* 44 v - 45 v).

Teresa desea abrazar la vida contemplativa, como sus hermanas Paulina y María, en el Carmelo de Lisieux, pero se lo impide su corta edad. Con ocasión de una peregrinación a Italia, después de visitar la santa Casa de Loreto y los lugares de la ciudad eterna, en la audiencia que el Papa concede a los fieles de la diócesis de Lisieux el 20 de noviembre de 1887, con filial audacia pide a León XIII el permiso para entrar en el Carmelo a la edad de 15 años.

El 9 de abril de 1888 entra en el Carmelo de Lisieux, donde recibe el hábito de la orden de la Virgen el 10 de enero del año siguiente, y emite su profesión religiosa el 8 de septiembre de 1890, fiesta de la Natividad de la Virgen María. En el Carmelo emprende el camino de la perfección trazado por la madre fundadora, Teresa de Jesús, con auténtico fervor y fidelidad, cumpliendo los diversos oficios comunitarios que se le confían. Iluminada por la palabra de Dios y probada de modo particular por la enfermedad de su amadísimo padre, Louis Martin, que muere, el 29 de julio de 1894, Teresa se encamina hacia la santidad, insistiendo en la centralidad del amor. Descubre y comunica a las novicias encomendadas a su cuidado el caminito de la infancia espiritual, progresando en el cual ella penetra cada vez más en el misterio de la Iglesia y, atraída por el amor de Cristo, siente crecer en sí misma la vocación apostólica y misionera, que la impulsa a llevar a todos hacia el encuentro con el Esposo divino.

El 9 de junio de 1895, en la fiesta de la Santísima Trinidad, se ofrece como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios. El 3 de abril del año siguiente, en la noche entre el Jueves y el Viernes santo, tiene una primera manifestación de la enfermedad que la llevará a la muerte. Teresa la acoge como la misteriosa visita del Esposo divino. Al mismo tiempo, entra en la prueba de la fe, que durará hasta su muerte. Al empeorar su salud, a partir del 8 de julio de 1897, es trasladada a la enfer-



Casa natal de santa Teresa del Niño Jesús

mería. Sus hermanas y otras religiosas recogen sus palabras, mientras los dolores y las pruebas, sufridos con paciencia, se intensifican hasta culminar con la muerte, en la tarde del 30 de septiembre de 1897. «Yo no muero; entro en la vida», había escrito a uno de sus hermanos espirituales, don Bellière (*Carta* 244). Sus últimas palabras: «Dios mío, te amo», son el sello de su existencia.

6. Teresa del Niño Jesús nos ha legado escritos que, con razón, le han merecido el título de maestra de vida espiritual. Su obra principal es el relato de su vida en los tres *Manuscritos autobiográficos* (A, B y C), publicados inicialmente con el título, que pronto se hizo célebre, de *Historia de un alma*.

En el *Manuscrito A*, redactado a petición de la hermana Inés de Jesús, entonces priora del monasterio, y entregado a ella el 21 de enero de 1896, Teresa describe las etapas de su experiencia religiosa: su infancia, especialmente el acontecimiento de su primera comunión y de la confirmación, y su adolescencia, hasta el ingreso en el Carmelo y su primera profesión.

El *Manuscrito B*, redactado durante el retiro espiritual de ese mismo año, a petición de su hermana María del Sagrado Corazón, contiene algunas de las páginas más hermosas, conocidas y citadas de la santa de Lisieux. En ellas se manifiesta la plena madurez de la santa, que habla de su vocación en la Iglesia, Esposa de Cristo y Madre de las almas.

El *Manuscrito C*, redactado en el mes de junio y en los primeros días de julio de 1897, pocos meses antes de su muerte, y dedicado a la priora María de Gonzaga, que se lo había pedido, completa los recuerdos del *Manus-*

*crito A* sobre su vida en el Carmelo. Estas páginas revelan la sabiduría sobrenatural de la autora. Teresa narra algunas experiencias elevadísimas de este período final de su vida. Dedicó páginas conmovedoras a la prueba de la fe: una gracia de purificación que la sumerge en una larga y dolorosa noche oscura, iluminada por su confianza en el amor misericordioso y paternal de Dios. Una vez más, y sin repetirse, Teresa hace brillar la resplandeciente luz del Evangelio. Aquí encontramos las páginas más hermosas, dedicadas al abandono confiado en las manos de Dios, a la unidad entre el amor a Dios y el amor al prójimo, y a su vocación misionera en la Iglesia.

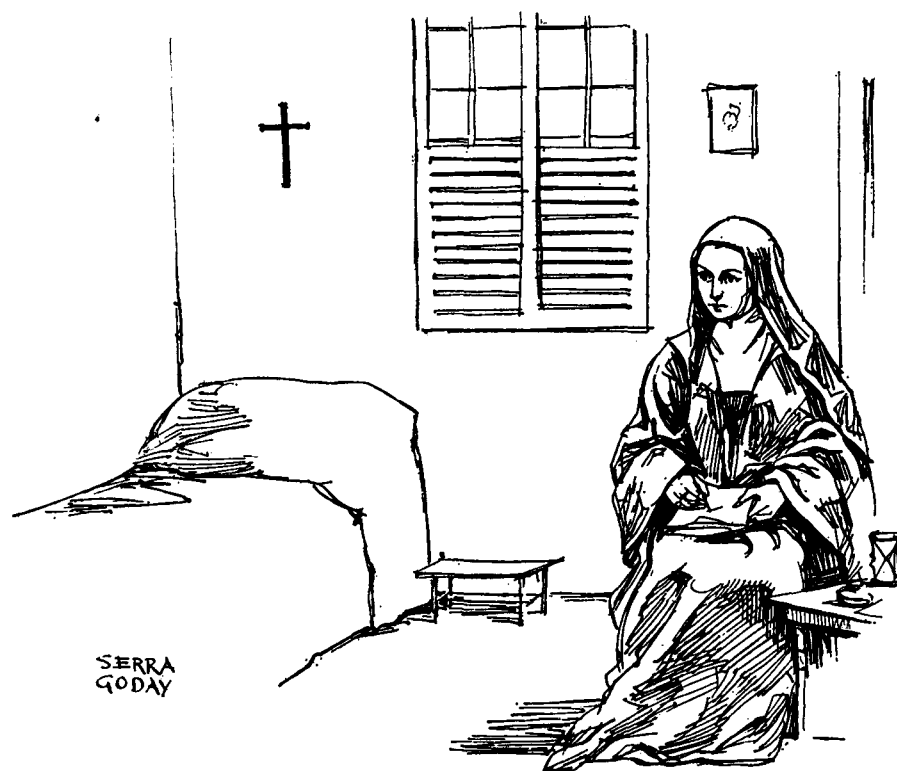
Teresa, en estos tres manuscritos diversos, que coinciden en una unidad temática y en una progresiva descripción de su vida y de su camino espiritual, nos ha entregado una original autobiografía, que es la historia de su alma. En ella se pone claramente de manifiesto que en su existencia Dios ofrece al mundo un mensaje preciso, al señalar un camino evangélico, el «caminito», que todos pueden recorrer, porque todos están llamados a la santidad.

En sus 266 *Cartas* que conservamos, dirigidas a familiares, a religiosas y a los «hermanos» misioneros, Teresa comunica su sabiduría, desarrollando una doctrina que constituye de hecho un profundo ejercicio de dirección espiritual de almas.

Forman parte de sus escritos también 54 *Poesías*, algunas de las cuales entrañan gran profundidad teológica y espiritual, inspiradas en la sagrada Escritura. Entre ellas merecen especial mención «Vivir de amor» (*Poesías*, 17) y «Por qué te amo, María» (*Poesías*, 54), síntesis original del camino de la Virgen María según el Evangelio. A esta producción hay que añadir 8 *Recreaciones piadosas*: composiciones poéticas y teatrales, ideadas y representadas por la Santa para su comunidad con ocasión de algunas fiestas según la tradición del Carmelo. Entre los demás escritos, conviene recordar una serie de 21 *Oraciones* y la colección de sus palabras pronunciadas durante los últimos meses de vida. Esas palabras, de las que se conservan varias redacciones, son conocidas como *Novissima verba* o *Últimas conversaciones*.

7. El análisis esmerado de los escritos de santa Teresa del Niño Jesús, y la resonancia que han tenido en la Iglesia, permiten descubrir los aspectos principales de la «doctrina eminente», que constituye el elemento fundamental en el que se basa la atribución del título de Doctora de la Iglesia.

Ante todo, se constata la existencia de un *particular carisma de sabiduría*. En efecto, esta joven carmelita, sin una especial preparación teológica, pero iluminada por la luz del Evangelio, se siente instruida por el Maestro divino que, como ella dice, es «el Doctor de los doc-



tores» (*Ms A 83 v*), el cual le comunica las «enseñanzas divinas» (*Ms B 1 r*). Siente que en ella se han cumplido las palabras de la Escritura: «El que sea sencillo, venga a mí...; al pequeño se le concede la misericordia», (*Ms B, 1 v*; cf. *Pr 9, 4*; *Sb 6, 6*) y sabe que ha sido instruida en la ciencia del amor, oculta a los sabios y a los inteligentes, que el Maestro divino se ha dignado revelarle a ella, como a los pequeños (cf. *Ms A 49 r*; *Lc 10, 21-22*).

Pío XI, que consideró a Teresa de Lisieux como «estrella de su pontificado», no dudó en afirmar en la homilía del día de su canonización, el 17 de mayo del año 1925: «El Espíritu de la verdad le abrió y manifestó las verdades que suele ocultar a los sabios e inteligentes y revelar a los pequeños, pues ella, como atestigua nuestro inmediato predecesor, destacó tanto en la ciencia de las cosas sobrenaturales, que señaló a los demás el camino cierto de la salvación» (*AAS 17 [1925] p. 213*).

Su enseñanza no sólo es acorde con la Escritura y la fe católica, sino que también resalta por la *profundidad y la síntesis sapiencial lograda*. Su doctrina es, a la vez, una profesión de la fe de la Iglesia, una experiencia del misterio cristiano y un camino hacia la santidad. Teresa ofrece una síntesis madura de la espiritualidad cristiana: une la teología y la vida espiritual, se expresa con vigor y autoridad, con gran capacidad de persuasión y de comunicación, como lo demuestra la aceptación y la difusión de su mensaje en el pueblo de Dios.

La enseñanza de Teresa manifiesta con coherencia y

une en un conjunto armonioso los dogmas de la fe cristiana como doctrina de verdad y experiencia de vida. A este respecto, no conviene olvidar que, como enseña el concilio Vaticano II, la inteligencia del depósito de la fe transmitido por los Apóstoles progresa en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo: «Crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (cf. *Lc 2, 19 y 51*), y cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad» (*Dei Verbum, 8*).

Tal vez en los escritos de Teresa de Lisieux no encontramos, como en otros Doctores, una presentación científicamente elaborada de las cosas de Dios, pero en ella podemos descubrir un testimonio iluminado de la fe que, mientras acoge con amor confiado la condescendencia misericordiosa de Dios y la salvación en Cristo, revela el misterio y la santidad de la Iglesia

Así pues, con razón se puede reconocer en la santa de Lisieux el carisma de Doctora de la Iglesia, tanto por el don del Espíritu Santo, que recibió para vivir y expresar su experiencia de fe, como por su particular inteligencia del misterio de Cristo. En ella confluyen los dones de la ley nueva, es decir, la gracia del Espíritu Santo, que se manifiesta en la fe viva que actúa por medio de la caridad (cf. santo Tomás de Aquino, *Summa Theol*, I-II, q. 106, art. 1; q. 108, art. 1).

Podemos aplicar a Teresa de Lisieux lo que dijo mi predecesor Pablo VI de otra joven santa Doctora de la Iglesia, Catalina de Siena: «Lo que más impresiona en esta santa es la sabiduría infusa, es decir, la lúcida, profunda y arrebatadora asimilación de las verdades divinas y de los misterios de la fe (...): una asimilación favorecida, ciertamente, por dotes naturales singularísimas, pero evidentemente prodigiosa, debida a un carisma de sabiduría del Espíritu Santo» (AAS 62 [1970] p. 675).

8. Con su peculiar doctrina y su estilo inconfundible, Teresa se presenta como una *auténtica maestra de la fe y de la vida cristiana*. Por sus escritos, al igual que por las afirmaciones de los Santos Padres, pasa la vivificante linfa de la tradición católica, cuyas riquezas, como atestiguan también el concilio Vaticano II, «van pasando a la práctica y a la vida de la Iglesia que cree y ora» (*Dei Verbum*, 8).

La doctrina de Teresa de Lisieux, si se analiza en su género literario, correspondiente a su educación y a su cultura, y si se estudia a la luz de las particulares circunstancias de su época, coincide de modo providencial con la más genuina tradición de la Iglesia, tanto por la profesión de la fe católica como por la promoción de la más auténtica vida espiritual, propuesta a todos los fieles con un lenguaje vivo y accesible.

Ella ha hecho resplandecer en nuestro tiempo el atractivo del Evangelio; ha cumplido la misión de hacer conocer y amar a la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo; ha ayudado a curar las almas de los rigores y de los temores de la doctrina jansenista, más propensa a subrayar la justicia de Dios que su divina misericordia. Ha contemplado y adorado en la misericordia de Dios todas las perfecciones divinas, porque «incluso la justicia de Dios, y tal vez más que cualquier otra perfección, me parece revestida de amor» (*Ms A 83 v*). Así se ha convertido en una imagen viva de aquel Dios que, como reza la oración de la Iglesia, «manifiesta especialmente su poder con el perdón y la misericordia» (cf. *Misal romano, oración colecta* del domingo XXVI del tiempo ordinario).

Aunque Teresa no tiene propiamente un cuerpo doctrinal, sus escritos irradian *particulares fulgores de doctrina* que, como por un carisma del Espíritu Santo, captan el centro mismo del mensaje de la Revelación en una visión original e inédita, presentando una enseñanza cualitativamente eminente.

En efecto, el núcleo de su mensaje es el misterio mismo de Dios Amor, de Dios Trinidad, infinitamente perfecto en sí mismo. Si la genuina experiencia espiritual cristiana debe coincidir con las verdades reveladas, en las que Dios se revela a sí mismo y manifiesta el misterio de su voluntad (cf. *Dei Verbum*, 2), es preciso afirmar que Teresa experimentó la revelación divina, llegando a

contemplar las realidades fundamentales de nuestra fe encerradas en el misterio de la vida trinitaria. En la cima, como manantial y término, el amor misericordioso de las tres divinas Personas, como ella lo expresa, especialmente en su *Acto de consagración al Amor misericordioso*. Por parte del sujeto, en la base se halla la experiencia de ser hijos adoptivos del Padre en Jesús; ese es el sentido más auténtico de la infancia espiritual, es decir, la experiencia de la filiación divina bajo el impulso del Espíritu Santo. También en la base, y ante nosotros, está el prójimo, los demás, en cuya salvación debemos colaborar con Jesús y en él, con su mismo amor misericordioso.

Con la infancia espiritual experimentamos que todo viene de Dios, a él vuelve y en él permanece, para la salvación de todos, en un misterio de amor misericordioso. Ese es el mensaje doctrinal que enseñó y vivió esta santa.

Como para los santos de la Iglesia de todos los tiempos, también para ella, en su experiencia espiritual, el centro y la plenitud de la revelación es Cristo. Teresa conoció a Jesús, lo amó y lo hizo amar con la pasión de una esposa. Penetró en los misterios de su infancia, en las palabras de su Evangelio, en la pasión del Siervo que sufre, esculpida en su santa Faz, en el esplendor de su existencia gloriosa y en su presencia eucarística. Cantó todas las expresiones de la caridad divina de Cristo, como las presenta en el Evangelio (cf. *Poesías*, 24 «Acuérdate, mi Amor»).

Teresa recibió una iluminación particular sobre la realidad del Cuerpo místico de Cristo, sobre la variedad de sus carismas, dones del Espíritu Santo, sobre la fuerza eminente de la caridad, que es el corazón mismo de la Iglesia, en la que ella encontró su vocación de contemplativa y misionera (cf. *Ms B 2 r - 3 v*).

Por último, entre los capítulos más originales de su ciencia espiritual conviene recordar la sabia investigación que Teresa realizó sobre el misterio y el camino de la Virgen María, llegando a resultados muy cercanos a la doctrina del concilio Vaticano II en el capítulo VIII de la constitución *Lumen gentium* y a lo que yo mismo expuse en mi carta encíclica *Redemptoris Mater*, del 25 de marzo de 1987.

9. La fuente principal de su experiencia espiritual y de su enseñanza es la palabra de Dios, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Ella misma lo confiesa, especialmente poniendo de relieve su amor apasionado al Evangelio (cf. *Ms A 83 v*). En sus escritos se cuentan más de mil citas bíblicas: más de cuatrocientas del Antiguo Testamento y más de seiscientas del Nuevo.

A pesar de que no tenía preparación y de que carecía de medios adecuados para el estudio y la interpretación de los libros sagrados, Teresa se entregó a la meditación de la palabra de Dios con una fe y un empeño singulares.

Bajo el influjo del Espíritu logró, para sí y para los demás, un profundo conocimiento de la Revelación. Concentrándose amorosamente en la Escritura —manifestó que le hubiera gustado conocer el hebreo y el griego para comprender mejor el espíritu y la letra de los libros sagrados— puso de manifiesto la importancia que las fuentes bíblicas tienen en la vida espiritual, destacó la originalidad y la lozanía del Evangelio, cultivó con sobriedad la exégesis espiritual de la palabra de Dios, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo. De esta forma, descubrió tesoros ocultos, asumiendo palabras y episodios, a veces con gran audacia sobrenatural, como cuando, leyendo los textos de san Pablo (cf. *1 Co* 12-13), intuyó su vocación al amor (cf. *Ms B* 3 r - 3 v). Iluminada por la palabra revelada, Teresa escribió páginas admirables sobre la unidad entre el amor a Dios y el amor al prójimo (cf. *Ms C* 11 v - 19 r) y se sumergió con la oración de Jesús en la última Cena, como expresión de su intercesión por la salvación de todos (cf. *Ms C* 34 r - 35 r).

Su doctrina coincide, como ya he dicho, con la enseñanza de la Iglesia. Ya desde niña, sus familiares le enseñaron a participar en la oración y en el culto litúrgico. Al prepararse para su primera confesión, para su primera Comunión y para el sacramento de la confirmación, mostró un amor extraordinario a las verdades de la fe, y se aprendió casi al pie de la letra el *Catecismo* (cf. *Ms A* 37 r - 37 v). Al final de su vida, escribió con su propia sangre el Símbolo de los Apóstoles, como expresión de su adhesión sin reservas a la profesión de fe.

Teresa no sólo se alimentó con las palabras de la Escritura y la doctrina de la Iglesia, sino también, desde su niñez, con la enseñanza de la *Imitación de Cristo*, que, como confiesa ella misma, se sabía casi de memoria (cf. *Ms A* 47 r). En la realización de su vocación carmelita fueron decisivos los textos espirituales de la madre fundadora, santa Teresa de Jesús, especialmente los que explican el sentido contemplativo y eclesial del carisma del Carmelo teresiano (cf. *Ms C* 33 v). Pero de modo muy especial Teresa se alimentó de la doctrina mística de san Juan de la Cruz, que fue su verdadero maestro espiritual (cf. *Ms A* 83 r). Así pues, no es sorprendente que, siguiendo la escuela de estos dos santos, declarados posteriormente Doctores de la Iglesia, también ella, óptima discípula, se haya convertido en maestra de vida espiritual.

10. *La doctrina espiritual de Teresa de Lisieux ha contribuido a la extensión del reino de Dios.* Con su ejemplo de santidad, de perfecta fidelidad a la Madre Iglesia, de plena comunión con la Sede de Pedro, así como con las particulares gracias que ha obtenido para muchos hermanos y hermanas misioneros, ha prestado un servicio particular a la renovada proclamación y expe-

riencia del Evangelio de Cristo y a la difusión de la fe católica en todas las naciones de la tierra.

No es necesario insistir mucho en *la universalidad de la doctrina teresiana y la amplia aceptación de su mensaje* durante el siglo que ha transcurrido desde su muerte, pues están muy bien documentadas en los estudios realizados con vistas a la concesión del título de Doctora de la Iglesia a esta santa. Reviste particular importancia, a este respecto, el hecho de que el Magisterio de la Iglesia no sólo ha reconocido la santidad de Teresa, sino que también ha puesto de relieve su sabiduría y su doctrina. Ya Pío X dijo de ella que era «la santa más grande de los tiempos modernos». Acogiendo con alegría la primera edición italiana de la *Historia de un alma*, quiso destacar los frutos que se obtenían de la espiritualidad teresiana. Benedicto XV, con ocasión de la proclamación de la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios, ilustró el camino de la infancia espiritual y alabó la ciencia de las realidades divinas, concedida por Dios a Teresa, para enseñar a los demás los caminos de la salvación (cf. AAS 13 [1921] pp. 449-452).

Pío XI, tanto con motivo de su beatificación como de su canonización, quiso exponer y recomendar la doctrina de la santa, subrayando la particular iluminación divina (*Discorsi di Pio XI*, vol. I, Torino 1959, p. 91) y definiéndola maestra de vida (cf. AAS 17 [1925] pp. 211-214). Pío XII, con ocasión de la consagración de la basílica de Lisieux en el año 1954, afirmó, entre otras cosas, que Teresa había penetrado con su doctrina en el corazón mismo del Evangelio (cf. AAS 46 [1954] pp. 404-408). El cardenal Angelo Roncalli, futuro Papa Juan XXIII, visitó varias veces Lisieux, especialmente cuando era nuncio en París. Durante su pontificado manifestó en diversas circunstancias su devoción por la santa e ilustró las relaciones entre la doctrina de la santa de Ávila y la de su hija, Teresa de Lisieux (*Discorsi, Messaggi, Colloqui*, vol. II [1959-1960] pp. 771-772).

Durante la celebración del concilio Vaticano II, varias veces los padres evocaron su ejemplo y su doctrina. Pablo VI, con motivo del centenario de su nacimiento, el 2 de enero de 1973, dirigió una carta al obispo de Bayeux y Lisieux, en la que destacaba el ejemplo de Teresa en la búsqueda de Dios, la proponía como maestra de oración y de esperanza teológica, y modelo de comunión con la Iglesia, recomendando el estudio de su doctrina a los maestros, a los educadores, a los pastores e incluso a los teólogos (cf. AAS 65 [1973] pp. 12-15).

Yo mismo, en varias circunstancias, me he referido a la figura y a la doctrina de la santa, de modo especial con ocasión de mi inolvidable visita a Lisieux, el 2 de junio de 1980, cuando quise recordar a todos: «De Teresa de Lisieux se puede decir con seguridad que el Espíritu de Dios permitió a su corazón revelar directamente a





los hombres de nuestro tiempo el *misterio fundamental*, la realidad del Evangelio (...). El "caminito" es el itinerario de la "infancia espiritual". Hay en él algo único, un carácter propio de santa Teresa de Lisieux. En él se encuentra, al mismo tiempo, la confirmación y la renovación de la verdad más *fundamental* y más *universal*. ¿Qué verdad hay en el mensaje evangélico más fundamental y más universal que ésta: Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos?» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de junio de 1980, p. 15).

Estas breves referencias a una ininterrumpida serie de testimonios de los Papas de este siglo sobre la santidad y la doctrina de santa Teresa del Niño Jesús y a la difusión universal de su mensaje, expresan claramente hasta qué punto la Iglesia ha acogido, en sus pastores y en sus fieles, la doctrina espiritual de esta joven santa.

Signo de la aceptación eclesial de la enseñanza de la Santa es el hecho de que *el Magisterio ordinario de la Iglesia en muchos documentos ha recurrido a esa doctrina*, especialmente al tratar de la vocación contemplativa y misionera, de la confianza en Dios justo y misericordioso, de la alegría cristiana y de la vocación a la santidad. Lo atestigua la presencia de su doctrina en el reciente *Catecismo de la Iglesia católica* (nn. 127, 826, 956, 1.011, 2.011 y 2.558). Ella, que tanto se esforzó por aprender en el catecismo las verdades de la fe, ha merecido ser incluida entre los autores más destacados de la doctrina católica.

*Teresa tiene una universalidad singular*. Su persona y el mensaje evangélico del «caminito» de la confianza y de la infancia espiritual han encontrado y siguen encontrando una acogida sorprendente en todo el mundo.

El influjo de su mensaje abarca ante todo a los hombres y mujeres cuya santidad o virtudes heroicas la Iglesia ha reconocido, pastores de la Iglesia, teólogos y autores de espiritualidad, sacerdotes y seminaristas, religiosos y religiosas, movimientos eclesiales y comunidades nuevas, hombres y mujeres de cualquier condición y de todos los continentes. A todos Teresa les ofrece su personal confirmación de que el misterio cristiano, del que es testigo y apóstol mediante la oración al convertirse, como ella afirma con audacia, en «apóstol de los apóstoles» (*Ms A 56 r*), debe tomarse al pie de la letra, con el mayor realismo posible, porque tiene un valor universal en el tiempo y en el espacio. La fuerza de su mensaje radica en que explica de modo concreto cómo todas las promesas de Jesús se cumplen plenamente en el creyente que acoge con confianza en su vida la presencia salvadora del Redentor.

11. Todas estas razones constituyen un claro testimonio de la *actualidad* de la doctrina de la santa de Lisieux y del *particular influjo* de su mensaje en los hombres y mujeres de nuestro siglo. Además, concurren algunas circunstancias que hacen aún más significativa su designación como maestra para la Iglesia en nuestro tiempo.

Ante todo, Teresa es una *mujer* que, leyendo el Evangelio, supo captar sus riquezas escondidas con la forma concreta y la profunda resonancia vital y sapiencial propia del genio femenino. Entre las innumerables mujeres santas que resplandecen por la sabiduría del Evangelio ella destaca por su universalidad.

Teresa es, además, una *contemplativa*. En el ocultamiento de su Carmelo vivió de tal modo la gran aventura de la experiencia cristiana, que llegó a conocer la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo (cf. *Ef* 3, 18-19). Dios quiso que no permanecieran ocultos sus secretos, por eso capacitó a Teresa para proclamar los secretos del Rey (cf. *Ms C 2 v*). Con su

vida, Teresa da un testimonio y una ilustración teológica de la belleza de la vida contemplativa, como total entrega a Cristo, Esposo de la Iglesia, y como afirmación viva del primado de Dios sobre todas las cosas. Su vida, a pesar de ser oculta, posee una fecundidad escondida para la difusión del Evangelio e inunda a la Iglesia y al mundo del buen olor de Cristo (cf. *Carta* 1691, 2 v).

Por último, Teresa de Lisieux es una *joven*. Alcanzó la madurez de la santidad en plena juventud (cf. *Ms C 4 r*). Como tal se presenta como maestra de vida evangélica, particularmente eficaz a la hora de iluminar las sendas de los jóvenes, a los que corresponde ser protagonistas y testigos del Evangelio entre las nuevas generaciones.

Santa Teresa del Niño Jesús no sólo es, por su edad, la Doctora más joven de la Iglesia, sino también la más cercana a nosotros en el tiempo; así se subraya la continuidad con la que el Espíritu del Señor envía a la Iglesia sus mensajeros, hombres y mujeres, como maestros y testigos de la fe. En efecto, a pesar de los cambios que se producen en el decurso de la historia y de las repercusiones que suelen tener en la vida y en el pensamiento de los hombres de las diversas épocas, no debemos perder de vista la continuidad que une entre sí a los Doctores de la Iglesia: en cualquier contexto histórico, siguen siendo testigos del Evangelio que no cambia y, con la luz y la fuerza que les viene del Espíritu, se hacen sus mensajeros, volviendo a anunciarlo en su integridad a sus contemporáneos. Teresa es maestra para nuestro tiempo, sediento de palabras vivas y esenciales, de testimonios heroicos y creíbles. Por eso, es amada y aceptada también por hermanos y hermanas de otras comunidades cristianas e incluso por muchos no cristianos.

12. En este año, en que se conmemora el centenario de la gloriosa muerte de Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, mientras nos preparamos para la celebración del gran jubileo del año 2000, habiendo recibido numerosas y autorizadas peticiones, especialmente de muchas Conferencias episcopales de todo el mundo, y habiendo acogido la petición oficial, o *Supplex Libellus*, que me dirigieron el 8 de marzo de 1997 el obispo de Bayeux y Lisieux, el propósito general de la orden de los Carmelitas Descalzos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, y el postulador general de la misma orden, decidí encomendar a la Congregación para las causas de los santos, competente en esta materia, «después de haber obtenido el parecer de la Congregación para la doctrina de la fe por lo que se refiere a la doctrina eminente» (constitución apostólica *Pastor bonus*, 73), el peculiar estudio de la causa para conceder el título de Doctora a esta santa.

Reunida la documentación necesaria, las dos citadas Congregaciones abordaron la cuestión en sus respecti-

vas Consultas: la de la Congregación para la doctrina de la fe el 5 de mayo de 1997, por lo que atañe a la «doctrina eminente», y la de la Congregación para las causas de los santos el 29 de mayo del mismo año para examinar la especial «Positio». El 17 de junio sucesivo, los cardenales y los obispos miembros de esas Congregaciones, siguiendo un procedimiento aprobado por mí para esa ocasión, se reunieron en una Asamblea interdicasterial plenaria y discutieron la Causa, expresando por unanimidad un parecer favorable a la concesión a santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz del título de Doctora de la Iglesia universal. Dicho parecer me fue notificado personalmente por el señor cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, y por monseñor Alberto Bovone, arzobispo titular de Cesarea de Numidia, pro-prefecto de la Congregación para las causas de los santos.

Teniendo todo eso en cuenta, el pasado 24 de agosto, durante la plegaria del Ángelus, en presencia de centenares de obispos y ante una inmensa multitud de jóvenes de todo el mundo, reunida en París para la XII Jornada mundial de la juventud, quise anunciar personalmente mi intención de proclamar a Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz Doctora de la Iglesia universal con ocasión de la celebración de la Jornada mundial de las misiones (en Roma).

Hoy, 19 de octubre de 1997, en la plaza de San Pedro, llena de fieles procedentes de todo el mundo, y en presencia de numerosos cardenales, arzobispos y obispos, durante la solemne celebración eucarística, he proclamado Doctora de la Iglesia universal a Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, con estas palabras: «Acogiendo los deseos de gran número de hermanos en el episcopado y de muchísimos fieles de todo el mundo, tras haber escuchado el parecer de la Congregación para las causas de los santos y obtenido el voto de la Congregación para la doctrina de la fe en lo que se refiere a la doctrina eminente, con conocimiento cierto y madura deliberación, en virtud de la plena autoridad apostólica, declaramos a santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, virgen, Doctora de la Iglesia universal. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Realizado ese acto del modo debido, establecemos que esta carta apostólica sea religiosamente conservada y produzca efecto tanto ahora como en el futuro; y que, además, según sus disposiciones se juzgue y defina justamente, y que sea vano y sin fundamento cuanto alguien pueda atentar contra las mismas, con cualquier tipo de autoridad, tanto conscientemente como por ignorancia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 19 del mes de octubre del año del Señor 1997, vigésimo de mi pontificado.

## NAVIDAD 1997



*Reyes, que venís por ellas,  
no busquéis estrellas ya,  
porque donde el sol está,  
no tienen luz las estrellas.*

Aunque por una venís,  
el conocerlas ha sido  
la causa por quien seguís  
este sol recién nacido,  
que hoy adoráis y servís.

Y pues por luces tan bellas  
se manifiesta el Rey dellas:  
yo apostaré que habéis visto  
de estrella en estrella a CRISTO,  
*Reyes, que venís por ellas.*

Una os trujo al sol presente,  
que ventaja a todos hace,  
pero admira, y justamente,  
que buscando al sol que nace,  
dejéis atrás el Oriente.

La estrella parada está,  
con que del sol muestras da;  
otra tenéis, otra os guía;  
pues habéis visto a MARÍA,  
*no busquéis estrellas ya.*

Está la estrella divina  
de Jacob junto al sol CRISTO,  
por ella al sol se camina,  
y así en habiéndola visto,  
se conoce y determina.

MARÍA le enseña ya,  
con luz que el niño le da,  
que es sol de justicia santo,  
y por eso alumbra tanto,  
*porque donde el sol, está.*

Por los ojos de MARÍA  
se va a la luz celestial,  
que el mismo niño le envía,  
porque es de CRISTO cristal,  
y Aurora, en que nace el día.

Del cielo las luces bellas  
en sus ojos pueden vellas,  
las demás son sus despojos,  
porque donde están sus ojos,  
*no tienen luz las estrellas.*

(De *Pastores de Belén*, de Lope de Vega)

# La tarea josefológica del padre Francisco de Paula Solá Carrió, S.I.\*

Francisco Canals Vidal

## El padre Francisco de Paula Solá Carrió, S.I. (1907-1993)

El eminente teólogo, internacionalmente conocido, especialmente en el campo de la mariología, nació en Barcelona el 30 de julio de 1907, de padres oriundos de la ignaciana ciudad de Manresa. Era el penúltimo de catorce hermanos. Su contacto con la Compañía de Jesús comenzó en su infancia ya que todavía niño ayudaba la misa en la iglesia de los jesuitas (calle Caspe, Barcelona) muy cercana a la cual estaba su domicilio familiar.

Entrado en la Compañía después de pasar por una escuela apostólica, era ya novicio a los quince años. Fue después profesor de humanidades en Veruela. Después de la disolución de la Compañía siguió sus estudios en Italia y en Holanda, y terminó su teología en Sarriá, Barcelona. Su tesis doctoral trataba de la mediación universal de María.

Entre 1941 y 1977, año de su jubilación, fue profesor de teología dogmática, cristología y mariología, liturgia, ascética y mística. Simultaneó su profesorado con la tarea de bibliotecario de la Fundación Balmesiana de Barcelona, de la que fue vicepresidente, y director de *Analecta Sacra Tarraconensia*. Trabajador incansable, en los últimos años de su vida ejerció una activa tarea pastoral con muchas horas de confesionario en la parroquia barcelonesa de San Fernando.

Era miembro de la Pontificia Academia Mariana Internacional. Su maestro y amigo, el padre Jose María Bover, S.I., le introdujo en la Sociedad Iberoamericana de Josefolología, de la que al final de su vida era vicepresidente; y en ella participó, a partir de 1954, en todas las Semanas celebradas en España y en los Simposios Internacionales a partir de 1970 en Roma. Su bibliografía josefina puede verse en *Estudios Josefinos* (Valladolid, nº 95, I-VI, 1994, pp. 85 y 86).

Los estudios monográficos allí relacionados son veintidós —y otros tres que son crónicas sobre congresos o una nota biográfica sobre el padre Sebastián Bartina

Gassiot— todos ellos caracterizados por una información exhaustiva y un riguroso análisis de los temas. Abarcan temas bíblicos,<sup>1</sup> estudios de teología positiva sobre algunos Santos Padres,<sup>2</sup> metodología y fundamentación,<sup>3</sup> estudios monográficos sobre la doctrina josefológica de autores jesuitas,<sup>4</sup> entre los que destaca el estudio sobre Francisco Suárez en el segundo Simposio Internacional.<sup>5</sup>

El padre Solá ha sido, sobre todo, un eminente teólogo escolástico, que en su sistematización especulativa sigue preferentemente al Doctor Eximio, del que había realizado una investigación exhaustiva, como puede verse, en cuanto al tema de san José, en la ponencia mencionada. De aquí que en sus trabajos aparezcan sistematizaciones teológicas sobre la virginidad de José, su matrimonio con María y las relaciones entre la virginidad y el matrimonio y el matrimonio y la paternidad de José.<sup>6</sup> Especialmente significativas son las referentes a la pertenencia de María y de José al orden hipostático y a la predestinación de san José.<sup>7</sup>

Pero el padre Solá, esencialmente discípulo de Suárez,

1. Así, los estudios sobre los dos primeros capítulos del evangelista Mateo y las relaciones entre san José y el misterio de Cristo, y entre San José y la Iglesia. *E.J.* 28 (1974) pp. 33-52 y *E.J.* 32 (1978), pp. 3-13.

2. «La josefolología de San Andrés Cretense y San Juan Damasceno», *E.J.* 25 (1971), pp. 183-195. «La paternidad de San José en San Agustín (354-430)», *E.J.* 39 (1985), pp. 25-40.

3. «Escritura, teología y analogía teológica y su aplicación a San José a la luz del Vaticano II», *E.J.* 23 (1969), pp. 7-27.

4. «Valor y trascendencia del matrimonio y paternidad de San José en los teólogos Jesuitas», *E.J.* 13 (1959), pp. 3-39. «Doctrina de los teólogos jesuitas sobre la paternidad espiritual de San José», *E.J.* 14 (1960), pp. 168-183. «El padre Butinyà y San José», *E.J.* 34 (1980), pp. 39-67. «Josefolología del padre Ezquerra», *E.J.* 29 (1981), pp. 210-237. «San José en el *Elucidarium Deiparae* del padre Juan Bautista Poza, S.J (1580-1659)», *E.J.* 41 (1987), pp. 117-139. «Josefolología del padre Tomás Muniesa», *E.J.* 43 (1989), pp. 119-225. «Josefolología del padre Francisco García, S.J (1641-1685)», *E.J.* 46 (1992), pp. 27-52.

5. «San José en Francisco Suárez», *E.J.* 61-62 (1977), pp. 337-351.

6. De especial interés es el trabajo: «Relaciones teológicas entre la virginidad de María y la de San José (estudio especulativo)», *E.J.* 21 (1967), pp. 37-55.

7. «Pertenencia de María Santísima y San José al orden hipostático», *E.J.* 16 (1962), pp. 129-146. «La predestinación de San José», *E.J.* 19 (1965), pp. 165-186.

\*Ponencia presentada en el VII Simposio Internacional de Estudios sobre San José. Malta, 22-28 de septiembre de 1997. Agradecemos a los organizadores del Simposio la autorización para publicarla en nuestras páginas.

era un hombre atento a la evolución progresiva que, en el sentido de la fe del pueblo cristiano, en la liturgia y en los documentos del Magisterio y también en los teólogos y escritores espirituales de los siglos posteriores, se ha realizado en el conocimiento de la misión patriarcal y en la ejemplaridad de la santidad de José. En su trabajo sobre Suárez escribe:

«La postura de Suárez servirá de base a todos los demás teólogos. Irán ellos investigando y esclareciendo esta tradición de la Iglesia, y en nuestros días, siguiendo sus principios, podremos sacar nuevas consecuencias, porque tenemos la tradición de cuatro siglos y la abundante documentación de los Papas posteriores».<sup>8</sup>

Encontraremos efectivamente nuevas e importantes aportaciones del padre Solá al tratado teológico sobre san José. No puedo silenciar mi agradecimiento por haber podido ser beneficiario personalmente de su magisterio, no sólo porque fue el tutor de mis estudios en el área dogmática en la Facultad de Teología de Barcelona, sino especialmente porque durante muchos años me orientó y ayudó en la concepción y elaboración de mi tesis de doctorado, publicada después con el título de *San José, Patriarca del Pueblo de Dios*.<sup>9</sup>

Los trabajos del padre Solá se caracterizan por una información bibliográfica muy completa y un gran rigor analítico. Para la finalidad de esta ponencia resultará más conducente atender a la coherencia y clara enunciación sistemática de sus conclusiones, o de las opiniones que sugiere a veces como más probables. Se apreciará así mejor el rico contenido de su aportación a la josefología alcanzada durante largos años de trabajo. Para ello ordenaremos esta ponencia según un orden temático siguiendo con fidelidad las líneas centrales de los estudios del padre Solá.

### I. La virginidad de José ordenada al matrimonio elegido para la venida en carne del Hijo de Dios

El padre Solá había reflexionado solidamente sobre la conveniencia que en el designio redentor se da entre la divina maternidad y la concepción virginal de Jesús.<sup>10</sup>

Que el Verbo se encarnó de María Virgen por obra del Espíritu Santo es algo que, como la Resurrección corporal, «física», de Jesús está en el núcleo de la predicación evangélica, y que pasa de la enseñanza apostólica a la Tradición de la Iglesia Católica.

8. En el artículo citado en la nota 5 *E.J.* 61-62 (1977), pág. 351.

9. *San José, Patriarca del Pueblo de Dios*. 1.ª ed., Valladolid, 1982 (Estudios Josefinos). 2.ª ed., Barcelona, 1984 (Editorial Balmes).

10. «Relaciones entre la virginidad y la maternidad divina a la luz de la tradición», *Estudios Marianos*, año XIX v. 21, pp. 325-371.

Ante las confusiones de la sedicente «desmitificación» que perturba la seguridad de la fe en bastantes de nuestros contemporáneos —no en el pueblo fiel sino en minorías de pretendidos «expertos» en la Escritura y en la teología— el padre Solá se caracterizaba por una serena firmeza. Me consta que en alguna ocasión dijo a los que sostenían posiciones «bultmannianas», que si él pensase como ellos se retiraría de la vida religiosa y del sacerdocio católico. Tanta era su seguridad de que la concepción virginal por obra del Espíritu Santo está, como la Resurrección de Cristo, en conexión inseparable con el anuncio de nuestra salvación por el Hijo de Dios hecho hombre.

En un documento de Pablo IV contra el unitarismo antitrinitario de los socinianos, en 1555, reprobando a quienes no sólo recaían en diversas herejías, sino que negaban los mismos puntos capitales de la fe, se enumeraban, según un orden muy preciso e intencionado, las siguientes verdades: la Trinidad de personas en Dios; la identidad de naturaleza del Señor Nuestro con el Padre y el Espíritu Santo; la concepción en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu Santo y no al modo ordinario de los otros hombres; la muerte de Jesucristo en la cruz como sacrificio redentor; la divina maternidad de la Virgen María; la integridad y virginidad de la misma Virgen Madre de Dios, antes del parto, en el parto, y perpetuamente después del parto.<sup>11</sup>

Adviértase que la concepción virginal se enumera inmediatamente después de la divinidad de Cristo y antes que el carácter redentor de su sacrificio en la cruz. Es un orden análogo al del anuncio angélico a José, el concebido en el seno de María se llamará Jesús porque salvará al pueblo de sus pecados. Y la concepción virginal es el signo profetizado de que el que nace de María es en verdad el Emmanuel, Dios con nosotros.

Después de haber atendido, con su amplitud de criterio y de método como teólogo positivo, a las deformaciones y desviaciones contenidas en los libros apócrifos acerca del matrimonio de San José,<sup>12</sup> trató escolásticamente el tema de las relaciones entre la virginidad de María y la de san José en un artículo monográfico que hemos ya citado antes. De él resumimos sus argumentaciones y conclusiones nucleares.

La cuestión se plantea en torno a los siguientes temas: virginidad perpetua de María y virginidad perpetua de san José, como exigencia de la esponsalidad y de la paternidad.

De la virginidad perpetua de María escribe simple-

11. DS 1880.

12. La primera ponencia enviada por el padre Solá a las Semanas de Estudios Josefinos trató de «El matrimonio de San José según los apócrifos. Algunas desviaciones», *E.J.* 8 (1954), pp. 231-254.

mente: «por ser un dogma de fe no hemos de detenernos en probarla». En cuanto a la existencia del voto de la virginidad perpetua lo sostiene el padre Solá como «sentencia cierta en Teología».<sup>13</sup>

La virginidad perpetua de María se relaciona en el plan divino con el hecho de la Encarnación del Hijo de Dios y de la dignidad suma de la maternidad divina, que es su consecuencia. De aquí pasará el padre Solá a estudiar la virginidad perpetua de san José apoyándose en el carácter de designio salvífico de los decretos divinos sobre su matrimonio:

«San Lucas nos presenta a María Santísima como dependiente de José... San Mateo nos habla de José para mencionar a María... es interesante notar esta comunidad de intereses entre San José y María Santísima en orden al mensaje de salvación que contienen los Evangelios».

«Las relaciones entre el Redentor y sus «padres» se especifican: María es la Madre de Jesús y está desposada con José. José (que en san Mateo viene en línea directa de los ascendientes del Mesías) es el esposo de María, de la que nace el Cristo».<sup>14</sup>

Apoyándose en la autoridad de León XIII en su encíclica *Quamquam pluries* recuerda que:

«Dios dio a José por esposo a la Virgen no sólo como compañero de su vida, testigo de su virginidad y custodio de su honestidad, sino también, y en virtud de la misma unión conyugal, como participante de su dignidad excelsa».<sup>15</sup>

La argumentación del padre Solá, para mostrar la congruencia de la virginidad perpetua de José con la realidad y misión singular de su matrimonio con María, se sitúa en la perspectiva de la predestinación de María y José ordenada al servicio de la Encarnación Redentora:

«El matrimonio singular de María con José tiene la misión de colocar en el mundo, alimentar y cuidar al mismísimo Verbo Encarnado. Este matrimonio está situado en un plano excepcional, en un marco hipostático. La santidad del mismo y de los dos contrayentes rebasa todos los límites del orden conocido de los hombres...»

«San Lucas, escribiendo bajo la inspiración del Espíritu Santo, dirá que *los padres* de Jesús iban todos los años a Jerusalén. Y, no obstante, este matrimonio tiene un signo muy distinto de todos los demás... A esta ordenación divina tan particular y específica ha de corresponder la ordenación de las gracias y dones divinos que conduzcan a la obtención del fin. El matrimonio virginal no puede consistir sin la virginal castidad de los esposos. María consta que es virgen perpetua; a su esposo no puede Dios situarlo en plano distinto. Llegamos a la misma

conclusión: José, esposo en un matrimonio virginal, ha de ser virgen».<sup>16</sup>

II. *La paternidad de José, el Patriarca hijo de David, es singular y eminente, pero verdadera. José podría ser llamado «padre de Dios».*

Teólogo tradicional, heredero y continuador fiel de los anteriores progresos auténticos acaecidos en los siglos anteriores, hemos visto que el padre Solá no podría haber recaído en falsos planteamientos arcaizantes y ya superados. La virginidad de José, no sólo no es algo que pueda objetarse contra la verdad de su matrimonio con María —que ya Suárez afirmaba ser una verdad perteneciente a la fe católica—<sup>17</sup> sino que encontramos, en la verdad del matrimonio, el fundamento sólido para la demostración escolástica de la virginidad misma.

Con esta misma actitud y método, el padre Solá se mueve siempre decididamente en la perspectiva en que se había situado ya san Agustín, y de la que podríamos decir que la teología josefina posterior no ha podido nunca olvidar sin retroceso y pérdida doctrinal. En su estudio sobre «La paternidad de San José en San Agustín», leemos:

«La paternidad de San José es verdadera. Si algo hay claro en San Agustín respecto a San José es que fue tan padre de Jesús como esposo de María. La única dificultad surge si queremos dar un nombre a esta paternidad y una explicación de la misma. Pero creemos que San Agustín es suficientemente explícito».<sup>18</sup>

Partiendo de la autoridad de san Agustín, que fundaba la verdad de la paternidad de José en el hecho de la descendencia davídica de Jesús —que los evangelistas refieren a «José, hijo de David»— el padre Solá se atreve a sugerir cierta deficiencia que hallamos todavía en este punto en san Agustín, para avanzar decididamente en la caracterización de José como Patriarca:

«San Agustín se esforzó en demostrar que la descendencia patriarcal de Jesús —hijo de David, hijo de Abraham— venía a través de José, porque quería de esta manera probar tres verdades: Jesús pertenecía a la Casa de Jacob y era descendiente de David; el matrimonio de José con María era verdadero; y José, transmitiendo a Jesús la Patriarcalidad, era padre de Cristo.»

«Hemos de reconocer —y lo lamentamos— que San Agustín no atiende a este concepto de *patriarcalidad* tal como nosotros lo conocemos y empleamos en nues-

13. Artículo citado en la nota 10 *E.J.* 41 (1967), p. 38.

14. *Ibidem*, pp. 41-42.

15. *Ibidem*, p. 43 con la referencia a ASS 22 (1899-1890), 66-67.

16. *Ibidem*, pp. 48-49.

17. Suárez: «Misterios de la vida de Cristo», Disp 7<sup>a</sup> sect 1<sup>a</sup>, 2.

18. *E.J.*, 77 (1985), p. 32.



tros días... San José, sin que lo diga expresamente San Agustín, es el último eslabón que cierra con Jesús el orden de los Patriarcas. Toda la Promesa termina con José, que la transmite a Jesús.<sup>19</sup>

Si recordamos que el apóstol Pablo, para encarecer ante los gentiles la dignidad y vocación del Pueblo de Israel afirmaba «cuyos son los Padres, de quienes desciende según la carne —esto es, en lo humano— Cristo, el que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos»,<sup>20</sup> no nos sorprenderá encontrar en el padre Solá la expresión —sin duda muy poco usual, pero que considero coherente con aquella afirmación paulina que señala a los Patriarcas como los «antepasados de Dios»— de que José, «el esposo de la Madre de Dios», ha de ser llamado también «padre de Dios».<sup>21</sup>

19. *Ibidem*, p. 38.

20. Rm 9,5.

21. «Pertenencia de María Santísima y de San José al orden hipostático» (sexta semana de estudios josefinos, Ávila 28-31-VIII-1962), *E.J.* 32 (1962), p. 143. Utiliza dos veces la expresión entrecomillada, la primera vez en letra minúscula, pero la segunda vez con letra mayúscula escribe «Padre de Dios».

III. *José pertenece al orden hipostático, relacionado con la santidad substancial de la humanidad de Cristo. Primacía de su oficio y carácter eminente de su santidad. Carácter del culto a san José*

La josefología del padre Solá se apoya fundamentalmente en la decisiva aportación del Doctor Eximio, Francisco Suárez, que en la disputación octava de sus comentarios a la tercera parte de la *Summa Theologica* inició, tanto en los planteamientos como en las respuestas, la época de madurez de la teología sobre san José.

El padre Solá en el II Simposio Internacional celebrado en Toledo en 1976 presentó una ponencia: «San José en Francisco Suárez (1548-1617)»<sup>22</sup> que es probablemente el mejor estudio realizado sobre el tema.

Sigue fielmente, con rigor analítico, el texto de la disputación suareciana. En diversos momentos aparecen, no obstante observaciones personales del estudioso, que sugieren temas tratados en otros lugares de propósito; en

22. «San José en el Renacimiento (1450-1600)». Actas del segundo Simposio Internacional, *E.J.* Valladolid, núms. 61-62 (31), enero-diciembre de 1977, pp. 337-351.

ellos el padre Solá avanzó realmente, en la línea de orientación de Suárez, pero llegando a afirmaciones que en aquél quedaban sólo abiertas como problemas, y centrándose en forma más definitiva la arquitectura doctrinal escolástica.

Se atiende con fidelidad al esquema conceptual suareciano que trata primero absolutamente, o en sí mismos, y después comparativamente, la doble temática de la dignidad del oficio de san José y de la santidad del Patriarca.

La aportación decisiva de Suárez está en la comparación de la dignidad del oficio de José respecto del de otros santos, principalmente los apóstoles y san Juan Bautista. Atendidos los argumentos en uno u otro sentido, pudo Suárez, con lenguaje prudente, y sin deseo de formular afirmaciones temerarias, sugerir la mayor dignidad y excelencia de los cargos o ministerios que, como el de María y el de José, «alcanzan al orden de la unión hipostática».<sup>23</sup>

En cuanto al tema de la santidad, después de llegar Suárez a la conclusión de que sin ninguna duda alcanzó José un grado de santidad excelentísimo, observa que, no habiéndose revelado cuál y cuánto fue aquel grado no podemos afirmarlo más precisamente.

Y al pasar a la consideración relativa o comparativa, Suárez muestra su preferencia por las actitudes prudentes y no extremosas al no querer mover sólo por piadosa devoción ni caer en sentido contrario en la actitud de los que son demasiado tímidos. Por esto Suárez puede decir:

«En esta comparación no creo que sea temerario ni improbable, sino más bien piadoso y verosímil si alguien opina que este Santo es superior a todos en la gracia y en la bienaventuranza».<sup>24</sup>

El padre Solá sigue a Suárez fielmente también en no encontrar fundamento para atribuir a José carismas y privilegios especiales no conducentes a sus oficios de esposo de padre de Jesús. Y con no menor convicción le sigue en la opinión de que José ha de ser contado entre los que resucitaron a vida inmortal en el tiempo de la resurrección de Cristo. En este punto cita a Suárez:

«No dejaré de advertir que, conforme a una opinión bastante recibida, se hace cosa probable que nuestro Santo reina con Cristo en la gloria en cuerpo y alma; porque, como murió antes que nuestro Señor, es verosímil que fue de aquellos que resucitaron al tiempo de la muerte o resurrección del Salvador, los cuales (como opinan muchos y lo diremos nosotros en su lugar) resucitaron a vida inmortal de alma y cuerpo».<sup>25</sup>

En el estudio que nos ocupa podemos advertir hasta qué punto para el padre Solá la doctrina de Suárez fue entendida como un «punto de arranque» que puede «servir de base a todos los demás teólogos».<sup>26</sup>

Nos fijaremos en dos pasajes del estudio del padre Solá sobre Suárez en los que veremos apuntar algunos de aquellos temas en los que él personalmente había ya avanzado:

«No toca Suárez el tema de la *predestinación* de San José como lo hacemos nosotros en la actualidad, y que puede estudiarse en dos vertientes: en el *decreto de predestinación ab aeterno*, unido al de la Encarnación; y en el de la *predestinación directa* a la paternidad o a la esponsalidad...

»Si la predestinación de San José fue más formalmente encaminada a la paternidad o a la esponsalidad, no lo podemos deducir con claridad en Suárez. A primera vista parece que más bien ha de afirmarse que el se inclina por la esponsalidad; sin embargo hay razones para suponer que, si se hubiera planteado bien el problema, se habría inclinado por la paternidad. No podemos, pues, insistir en ello».<sup>27</sup>

El modo de expresarse del padre Solá muestra inequívocamente su preferencia doctrinal, pero se trataba de un estudio monográfico histórico, y no era el lugar para volver sobre una cuestión que había tratado ya en estudios monográficos de carácter escolástico.

En cuanto al tema mismo de la primacía de la paternidad o de la esponsalidad, escribe el padre Solá:

«A primera vista parece que Suárez pone como primer principio de la josefología la *esponsalidad*... en realidad Suárez dio luego grande importancia al oficio o ministerio de *padre*, ya que en toda su josefología está ensalzando la dignidad de San José por su ministerio en pro del Niño Jesús con el cual tenía el oficio de padre».<sup>28</sup>

La lectura progresiva del gran teólogo mariano y josefino se movía en una dirección, que tuvo la dicha de conocer directamente en sus conversaciones con las que orientaba mi investigación para el doctorado, que situaba la paternidad de José en el centro de la atención y a modo de primer principio de la josefología. Se trataba para él de penetrar hasta los presupuestos profundos de la doctrina del Doctor Eximio para mejor alcanzar a deducir lo todavía sólo implícito en su pensamiento.

Conexa con esta actitud está la sugerencia que en una nota de su trabajo ya citado de 1962 se atrevió a formular sobre el culto a san José.

A la división bimembre entre el culto de latría y el de dulía, que suele desarrollarse dividiendo el segundo miem-

23. *Ibidem*, p. 346.

24. *Ibidem*, p. 348. El padre Solá cita disp. 8 sectio 6.

25. *Ibidem*, p. 349. El padre Solá cita disp. 8 sectio 2, núm 8.

26. *Ibidem*, pp. 350 y 351.

27. *Ibidem*, p. 340.

28. *Ibidem*, p. 350.



bro en *hiperdulía* (María), *protodulía* (José) y *simple dulía* (ángeles y santos), opone el padre Solá una división trimembre entre tres órdenes que fundamentan el culto: el orden *divino* (culto de latría debido a Dios y por lo mismo a Jesucristo, incluso en su naturaleza humana); orden *hipostático* (culto de hiperdulía, debido a María y a José, atribuyendo a María un culto de protohiperdulía para atribuir a José el de simple hiperdulía); orden de la gracia (culto de dulía debido a los ángeles y a los santos).<sup>29</sup>

#### IV. La predestinación de José a su oficio en la economía de la salvación es anterior a su predestinación a la gloria y a la gracia.

El padre Solá, que hemos visto señalaba lealmente cierta insuficiencia del Doctor Eximio en el tema de la predestinación de José, trató del mismo monográficamente en un trabajo presentado a la séptima semana de Estudios Josefinos en el año 1964.

Señala como un progreso el que el padre Garrigou-Lagrange hubiese afirmado que:

«Lo más probable es que San José fue predestinado a su misión excepcional antes que a la gloria, pues su predestinación no se distingue del decreto de la Encarnación, que no se refiere a la Encarnación misma de un modo común, sino acerca de la Encarnación del Verbo de María Virgen desposada a un varón llamado José de la casa de David».<sup>30</sup>

A partir de los planteamientos de Garrigou-Lagrange el padre Solá ordena su trabajo formulando las siguientes tesis:

1. Probablemente la predestinación de san José para su misión estuvo en un signo anterior al de su predestinación a la gloria.
2. La predestinación de san José no se distingue del decreto mismo de la Encarnación.
3. Esta misión consistió en que fuese esposo de María; Nutricio del Hijo de Dios; y en que tuviese para con el mismo Verbo encarnado, al que había de cuidar, un corazón de padre, lleno de amor y cariño.<sup>31</sup>

Asumidos estos enunciados, y desarrollados con argumentación teológica ejemplarmente rigurosa, apoyán-

dose también abundantemente en el magisterio de la Iglesia, en la Sagrada Escritura y en las palabras de los Santos Padres y de los teólogos, el padre Solá desarrolla en el trabajo que comentamos una tarea nuclear que orienta toda su josefología.

Citamos a continuación algunos textos decisivos para conocer el sentido y las aportaciones fundamentales de su tarea:

«Ningún católico puede dudar —escribe con estricta fidelidad a la doctrina del Doctor Eximio— de que la predestinación es gratuita y antecedente; es decir: Dios, por los justos y misericordiosos secretos de su voluntad determina que Pedro, por ejemplo, se salve... Luego escoge Dios aquel orden y conjunto de gracias con las que prevé que Pedro terminará el curso de su vida en estado de gracia. Puede entonces destinar a Pedro para el apostolado precisamente en calidad de cabeza de la Iglesia. Finalmente determina darle todas las gracias especiales necesarias para esta misión singular.

«De la Virgen Santísima dice el padre Suárez que es muy probable que fue elegida para Madre de Dios antes que para la gloria. Esto quiere decir que en el decreto divino respecto a María Santísima, el orden de signos fue el siguiente: 1.º, Dios determina proveer a su hijo de una Madre, y escoge a María Santísima; 2.º, esta Madre ha de ser digna y por tanto dotada de extraordinaria santidad; 3.º, a esta santidad corresponderá una gloria también extraordinaria.

»¿Se puede decir lo mismo de San José?. Esto es lo que como probable afirma Garrigou-Lagrange... si la predestinación a sus cargos precede a la predestinación a la gloria; su santidad y consiguientemente su bienaventuranza, no se medirán directamente por su gracia, sino por su cargo al que corresponderá la gracia... Cargo o misión, como dice el padre Garrigou-Lagrange, único en el universo y en la serie de generaciones humanas».<sup>32</sup>

De los principios establecidos resulta claro que la predestinación de María y José, inseparable del decreto de la Encarnación, constituye a ambos en el «orden hipostático», de tal manera que «San José entra en el orden hipostático no sólo por su relación de esposo de María, sino también por su relación de padre de Jesús».<sup>33</sup>

En coherencia con esta misión correspondiente a la predestinación de José al servicio de la venida en carne del Hijo de Dios, hecho «hijo de David, hijo de Abraham», la santidad de San José que exigirá en él un corazón de padre, lleno de amor y cariño, será providencialmente dispuesta por Dios en virtud del decreto de la Encarnación.

29. En el trabajo citado en la nota 21, en la nota del padre Solá núm. 28. *E.J.* 32 (1962), pp. 143-144.

30. Garrigou-Lagrange: *De Christo salvatore*, Turín (1945), p. 522. Citado por el padre Solá en «La Predestinación de San José», *E.J.* 19 (1965), p. 165.

31. *E.J.* 19 (1965), pp. 166, 168 y 170.

32. *Ibidem*, pp. 166-168.

33. *Ibidem*, p. 170.

El padre Solá, en el trabajo que estamos comentando, escrito en 1964, había ya seguido por la vía abierta por Suárez, llegando más allá que éste en el reconocimiento de la «principalidad» de la paternidad de José respecto de Cristo, que le refiere inmediatamente a Jesús y a la que se ordena en el plan divino el matrimonio virginal. Escribe el padre Solá:

«Los principios de josefología establecidos por Suárez fueron el punto de arranque de la moderna josefología, que ha ido dando cada vez más importancia a la paternidad.

»Como *padre* penetra directamente y por título propio en la esfera de relación con el Verbo Encarnado. De aquí le viene más propiamente a José la inclusión en el orden hipostático por cuanto su predestinación de «padre» le llama inmediatamente a una participación directa —aunque no eficiente ni física— en la Encarnación del Verbo». <sup>34</sup>

Desde esta posición doctrinal que podríamos definir como firmemente acogedora de todo lo homogéneamente progresivo en el desarrollo tradicional de la teología sobre San José —y por ello definitivamente superadora de perplejidades arcaicas— el padre Solá pudo también realizar una aportación personal importantísima, y plenamente fiel al magisterio pontificio moderno, al afirmar, como consecuencia de la inclusión de San José en el decreto redentivo, su cooperación o participación en la obra redentora de Cristo, y por ello también su solicitud paterna sobre el pueblo de Dios.

*V. José ejerce, como Patriarca del pueblo de Dios una protección paterna sobre el pueblo cristiano. En unión con María le defiende de las tentaciones del espíritu maligno.*

En el sentimiento del pueblo fiel, acogido y asumido por el magisterio de la Iglesia en actos como la proclamación de san José como patrono de la Iglesia universal y en las afirmaciones doctrinales de León XIII en la encíclica *Quamquam pluries*, así como en la inserción de la devoción a san José en la de la Sagrada Familia, contemplada como «trinidad terrena» y como «Icono de la Trinidad», <sup>35</sup> indudablemente la atención quedó centrada

34. *Ibidem*, pp. 184-185.

35. Sobre la evolución doctrinal que lleva a considerar la Sagrada Familia como la Trinidad terrena, imagen o icono de la Trinidad divina véase «La Sagrada Familia en el siglo XVII». Actas del Segundo Congreso Internacional sobre la Sagrada Familia. Barcelona/Begues, España (1994). Véase también el estudio de José María Blanquet, S.F., *La Sagrada Familia Icono de la Trinidad*, Barcelona, Congregatio Filiorum Sacrae Familiae, 1996.

en la invocación confiada en la protección, en todas las necesidades individuales y sociales de los cristianos de nuestros días, del «providentísimo custodio de la Sagrada Familia», «sobre la descendencia escogida de Jesucristo». <sup>36</sup>

Aunque éste modo de sentir el culto a san José estaba ya muy presente en santa Teresa de Jesús, que animaba a invocarle como «nuestro Padre y Señor», hay que reconocer que la reflexión teológica marchó con siglos de retraso sobre el «sentido común» de los fieles, <sup>37</sup> en esta temática de la paternidad espiritual de San José sobre la Iglesia.

El padre Solá, en un trabajo sobre la «Doctrina de los Teólogos jesuitas sobre la paternidad espiritual de San José», escribió:

«Si nos referimos a una paternidad en sentido estricto, comparable a la Maternidad espiritual de María, no será tan unánime el sentir de los teólogos. Ya hemos dicho que, ciñéndonos a los teólogos jesuitas, no hemos encontrado más testimonio explícito que el del padre Morales; no deja de llamar la atención que siendo tan conocido este autor en josefología, no haya encontrado eco en los josefólogos siguientes». <sup>38</sup>

Fiel a su actitud de evitar polémicas y moverse en la línea que juzga acertada, apoyándose en la josefología precedente pero llevándola a mayor desarrollo, el padre Solá avanza en el mismo trabajo una sugerencia de gran importancia doctrinal:

«Si bien es verdad que María era la que directamente estaba destinada por Dios para ser la segunda Eva, y Cristo era el segundo Adán, no es menos cierto que San José era el esposo de María y tenía sus derechos paternales sobre Jesús y también sobre la esposa. En otras palabras: tenía él sus derechos sobre el segundo Adán y la segunda Eva». <sup>39</sup>

Que el padre Solá se movía en una línea profundamente coherente con el magisterio moderno de la Iglesia puede verse en el hecho de que en 1970 Paulo VI afirmara:

«He aquí que en el umbral del Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero mientras la de Adán y Eva había sido fuente del mal que ha inundado al mundo, la de José y María, constituye el

36. En la oración a san José prescrita por León XII en su encíclica *Quamquam pluries* de 15 de agosto de 1889, ASS 22 (1889-1890), pp. 661-668.

37. La afirmación de que «el pueblo cristiano tiene una especie de instinto dado por el Espíritu Santo... que viene a ser como un sentido común sobrenatural» la hallamos en Ignasi Casanovas, S.I., *Relíquies literàries*, Barcelona, Editorial Balmes, 1960, p. 213.

38. *E.J.* 14 (1960), p. 16.

39. *Ibidem*, 14.

vértice, por decirlo así, por medio del cual se esparce la Santidad por toda la tierra».<sup>40</sup>

De aquí que el padre Solá, hombre de fe viva, que contemplaba el curso de los acontecimientos humanos gobernado paternalmente por la Providencia divina, no dudase en expresar sus sentimientos ante los acontecimientos que ocurrieron en las semanas posteriores a la promulgación del documento pontificio sobre san José. Con el título de «patrono de la iglesia de nuestro tiempo» escribió:

«Con muy sentidas palabras evoca el Papa los sentimientos de los Pontífices que le precedieron... que acudieron a San José en momentos difíciles para la Iglesia nombrándolo Patrono y Protector. También nuestros tiempos lo necesitan, ya para defenderla de los enemigos, ya para protegerla y ser «como aliento en su renovado empeño de evangelización en el mundo y de reevangelización el aquellos países y naciones en los que la religión y la vida cristiana fueron florecientes y que están ahora sometidos a dura prueba».<sup>41</sup>

Reflexionando sobre la mayor adecuación de las palabras del Papa a los países del este de Europa que a otros en que la vida cristiana había desaparecido muchos siglos antes por otras invasiones ya remotas, relaciona las palabras del documento del 15 de agosto de 1989 con las de Pío XI que en 1937, después de afirmar que sería imposible la paz en el mundo mientras subsistiese el dominio comunista ateo, ponía la acción de la iglesia bajo el poderoso protector san José. El padre Solá escribe, desde estos presupuestos:

«¿No ha sido sintomático que Juan Pablo II escribiese este documento josefino el 15 de Agosto, festividad de la Asunción de la Virgen, y casi inmediatamente hayan acontecido en los países y naciones comunistas los sucesos que hemos presenciado y cuyas consecuencias no podemos todavía del todo calibrar? ¿Serán los primeros frutos de la protección de San José, que ha sido fiel a su talante de actuar sin decir una sola palabra, y al oír la voz del Papa ha acudido en auxilio y ayuda de su Esposa la Virgen María, Madre de la iglesia, en la ardua tarea que ella hace tiempo se ha impuesto de luchar personalmente contra la Serpiente infernal?».<sup>42</sup>

40. Alocución a *Equipe Notre-Dame* de 4-V-1970. AAS 62 (1970), p. 431. (Citado en la exortación apostólica de Juan Pablo II, de 15 de agosto 1989, *Redemptoris Custos*.)

41. «Estructura y síntesis de la *Redemptoris Custos*». *E.J.* 87-88 (1990), p. 21.

### **Caracterización general y tesis nucleares en la aportación josefológica del padre Francisco de Paula Solá Carrió**

El prestigioso mariólogo, dotado de conocimientos muy vastos y profundos sobre los Santos Padres y los teólogos, viviendo la ciencia sagrada en actitud sapiencial al servicio de la Sagrada Escritura y de la Tradición, y con un sentido clarividente de las enseñanzas del magisterio y del sentido de la fe del pueblo de Dios, fue principalmente un teólogo escolástico, nuclearmente fiel a las enseñanzas del Doctor Eximio Francisco Suárez.

Poco inclinado a la polémica, y muy independiente respecto de opiniones o corrientes menos fundadas, su josefología supera perspectivas deficientes y avanza, con moderación pero decididamente hacia verdaderas adquisiciones doctrinales. Tengo la convicción de que ejercerán cada vez más influencia en las futuras tareas de la teología sobre san José.

El matrimonio de María con José, querido por Dios para la Encarnación del Verbo, es la razón de ser de la perpetua virginidad del Patriarca, asociado José a María por el decreto mismo de la Encarnación. Por esto la predestinación de José le refiere a su oficio esponsal y paterno con anterioridad al orden de la gracia y de la bienaventuranza.

Ordenado el matrimonio de José y María al cumplimiento de las promesas divinas, vinculadas al linaje de Abraham y de David, la Paternidad de José ha de ser entendida como la consumación última y plena de aquella promesa. Por esta relación de padre José entra directamente, en forma inseparable de la maternidad divina de María, en el orden hipostático. Por esto el concepto de «padre de Jesús» viene a ser el principio capital del capítulo teológico sobre San José.

José, el Patriarca en que se realizan las promesas a Israel, ejerce una paternidad espiritual sobre el pueblo de Dios del Nuevo Testamento. En unión con su Esposa María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, está misteriosamente presente en ella con la solicitud paterna que invocaron los Papas, y por la que defiende a la familia de los hijos de Dios «de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad.»

42. *Ibidem*, pp. 21 y 22. La misma reflexión la había expresado el padre Solá en un artículo editorial «Custodio del Redentor» en la revista *Cristiandad* (Barcelona), año 46, núm. 703-705, octubre-diciembre de 1989, pp. 113116.

# UNA INTENSA DEVOCIÓN A LA VIRGEN MARÍA

## Mensaje de Juan Pablo II a la familia religiosa montfortiana

Al reverendo padre William Considine, superior general de la Compañía de María

Al reverendo hermano Jean Friant, superior general de los Hermanos de la Instrucción cristiana de San Gabriel

A la reverenda madre Bárbara O'Dea, superiora general de las Hijas de la Sabiduría

1. La familia monfortiana va a inaugurar un año dedicado a la celebración del quincuagésimo aniversario de la canonización de san Luis María Grignon de Montfort, que tuvo lugar en Roma el 20 de julio de 1947. Con la Compañía de María, los Hermanos de San Gabriel y las Hijas de la Sabiduría, me alegra dar gracias al Señor por la creciente irradiación de este santo misionero, cuyo apostolado se alimenta de una profunda vida de oración, de una fe inquebrantable en Dios trino y de una intensa devoción a la Virgen María, Madre del Redentor.

Pobre entre los pobres, profundamente integrado en la Iglesia a pesar de las incomprendiones que afrontó, san Luis María tomó como lema estas sencillas palabras: «Dios solo». Cantaba: «Dios solo es mi ternura. Dios solo es mi apoyo. Dios solo es todo mi bien, mi vida y mi riqueza» (*Cántico* 55, 11). En él, el amor a Dios era total. Con Dios y por Dios salía al encuentro de los demás y caminaba por los senderos de la misión. Siempre consciente de la presencia de Jesús y María, era con todo su ser un testigo de la caridad teológica, que deseaba compartir. Su acción y su palabra sólo tenían como finalidad llamar a la conversión y hacer que se viviera de Dios. Sus escritos son igualmente testimonios y alabanzas del Verbo encarnado y también de María, «obra maestra del Altísimo, milagro de la sabiduría eterna» (cf. *Amor de la Sabiduría eterna*, 106).

2. El mensaje que nos dejó el padre de Montfort se funda, de modo inseparable, en las meditaciones del místico y en la pedagogía pastoral del apóstol. A partir de las grandes corrientes teológicas, difundidas en aquel entonces, expresó su fe personal en función de la cultura de su tiempo. Su estilo, a la vez poético y familiarmente cercano al lenguaje de sus interlocutores, puede sorpren-

der a nuestros contemporáneos, pero esto no debe impedirles inspirarse en sus intuiciones fecundas. Por eso, el trabajo realizado hoy por la familia monfortiana es valioso, puesto que ayuda a los fieles a captar la coherencia de una visión teológica y espiritual siempre orientada hacia una intensa vida de fe y de caridad.

San Luis María nos sorprende ante todo por su espiritualidad teocéntrica. Posee «el gusto de Dios y de su verdad» (*ib.*, 13) y sabe comunicar su fe en Dios, cuya majestad y dulzura expresa a la vez, ya que Dios es fuente desbordante de amor. El padre de Montfort no duda en descubrir a los más humildes el misterio de la Trinidad, que inspira su oración y su reflexión sobre la Encarnación redentora, obra de las Personas divinas. Quiere hacer captar la actualidad de la presencia divina en el tiempo de la Iglesia. Escribe, fundamentalmente: «La forma en que procedieron las tres Personas de la santísima Trinidad en la Encarnación y la primera venida de Jesucristo la prosiguen todos los días, de manera invisible, en la santa Iglesia, y la mantendrán hasta el fin de los siglos, en la última venida de Jesucristo» (*Tratado de la verdadera devoción*, 22). En nuestra época, su testimonio puede ayudar a cimentar la existencia cristiana en la fe en el Dios vivo, en una cordial relación con él y en una sólida experiencia eclesial, gracias al Espíritu del Padre y del Hijo, cuyo reino continúa hasta ahora (cf. *Súplica ardiente*, 16).

3. La persona de Cristo domina el pensamiento de Grignon de Montfort: «El fin último de toda devoción debe ser Jesucristo, Salvador del mundo, verdadero Dios y verdadero hombre» (*Tratado de la verdadera devoción*, 61). La encarnación del Verbo es para él la realidad absolutamente central: «Oh Sabiduría eterna y encarnada (...), te adoro profundamente en el seno y esplendores del Padre durante la eternidad, y en el seno virginal de María, tu dignísima Madre, en el tiempo de la Encarnación» (*Amor de la Sabiduría eterna*, 223). La celebración apasionado de la persona del Hijo de Dios encarnado, que se encuentra en toda la enseñanza del padre de Montfort, conserva hoy su inestimable valor, dado que surge de una concepción equilibrada desde el punto de vista de la doctrina y lleva a una adhesión total del ser a Aquel que ha revelado a la humanidad su verdadera vocación. Ojalá que los fieles comprendan esta ex-



hortación: «Jesucristo, Sabiduría eterna, es todo cuanto puedes y debes desear. Anhela poseerlo. Corre en busca suya, (...) la perla incomparable y preciosa» (ib., 9).

La contemplación de la grandeza del misterio de Jesús va a la par con la de la cruz que Montfort convertía en el mayor signo de sus misiones. Con frecuencia probado duramente, conoció en carne propia su peso, como lo atestigua una carta a su hermana, a quien pide que ruegue por él para «obtener de Jesús crucificado la fuerza para llevar las las más arduas y pesadas cruces» (*Carta* 24). Día tras día practica la incitación de Cristo en lo que llama el amor loco de la cruz, en la que ve «el triunfo de la Sabiduría eterna» (*Amor de la Sabiduría eterna*, cap. XIV). Por el sacrificio del Calvario, el Hijo de Dios, haciéndose pequeño y humilde hasta el extremo, asume la condición de sus hermanos sometidos al sufrimiento y a la muerte. Cristo manifiesta así, de manera elocuente, su amor infinito y abre a la humanidad el camino de la vida nueva. Luis María, que seguía a su Señor y hacía «de la cruz su morada» (ib., 180), da un testimonio de la santidad, que están llamados a dar, a su vez, sus herederos en la familia monfortiana para mostrar a este mundo la verdad del amor salvador.

4. Para conocer la Sabiduría eterna, increada y encarnada, Grignion de Montfort invitó constantemente a encomendarse a la santísima Virgen María, tan inseparablemente unida a Jesús, que «primero se separaría la luz del sol» (*Tratado de la verdadera devoción*, 63). Es un incomparable cantor y discípulo de la Madre del Salvador, a quien celebra como la que guía seguramente hacia Cristo: «Si establecemos la sólida devoción a la santísima Virgen, es sólo para establecer más perfectamente la de Jesucristo y ofrecer un medio fácil y seguro para encontrar al Señor» (ib., 62), puesto que María es la criatura elegida por el Padre y entregada totalmente a su misión materna. Al entrar, por su libre consentimiento, en unión con el Verbo, se encuentra asociada de manera privilegiada a la Encarnación y a la Redención desde Nazaret hasta el Gólgota, pasando por el cenáculo, con fidelidad absoluta al Espíritu Santo. Ella «halló gracia delante de Dios para todo el mundo en general y para cada uno en particular» (ib., 164).

San Luis María invita también a entregarse totalmente a María para acoger su presencia en el fondo del alma. «María viene, finalmente, a ser indispensable para esta alma en sus relaciones con Jesucristo: ella le ilumina el espíritu con su fe, le ensancha el corazón al infundirle su humildad, la dilata e inflama con su caridad, la purifica con su pureza, la ennoblece y engrandece con su maternidad» (*El secreto de María*, 57). Acudir a María lleva siempre a dar a Jesús un espacio mayor en la vida. Es significativo, por ejemplo, que Montfort invite a los fieles a dirigirse a María antes de la comunión: «Suplica a esta bondadosa Madre que te preste su corazón, para recibir en él a su Hijo con sus propias disposiciones» (*Tratado de la verdadera devoción*, 266).

En nuestro tiempo, en el que la devoción a María está llena de vida, pero no siempre suficientemente clara, sería conveniente volver a encontrar el fervor y el tono justo del padre de Montfort para dar a la Virgen su verdadero lugar y aprender a dirigirse a ella: «¡Oh Madre de misericordia, alcánzame la verdadera sabiduría de Dios, colocándome para ello entre aquellos a quienes amas, enseñas y diriges! ¡Oh Virgen fiel, haz que yo sea en todo tan perfecto discípulo, incitador y esclavo de la Sabiduría encarnada, Jesucristo, tu Hijo!» (*El Amor de la Sabiduría eterna*, 227). Sin duda, hay que hacer ciertas transposiciones para ayudar a los fieles a mantener una relación viva e íntima con Aquella a quien el concilio Vaticano II honró como a miembro eminente y absolutamente único de la Iglesia, recordando que «la Madre de Dios es figura de la Iglesia, como ya enseñaba san Ambrosio: en el orden de la fe, del amor y de la unión perfecta con Cristo» (*Lumen gentium*, 63).

5. El año monfortiano llama la atención sobre los ele-

mentos principales de la espiritualidad de san Luis María, pero también es muy oportuno recordar que fue un misionero de extraordinario resplandor. Ya desde su ordenación escribía: «Siento grandes deseos de hacer amar a Jesucristo y a su santísima Madre, de ir, de manera pobre y sencilla, a enseñar el catecismo a los pobres». Vivió en total fidelidad a esta vocación, que compartirá con los sacerdotes que se le unieron. En la «*Regla de los padres misioneros de la Compañía de María*», invita al misionero apostólico a predicar con sencillez, verdad, sin miedo y con caridad, «y con santidad, no mirando sino a Dios, sin otro interés que el de la gloria divina, y practicando primero él lo que enseña a los demás» (n. 62).

Ahora que en la mayor parte de las regiones del mundo se necesita una nueva evangelización, el celo del padre de Montfort por la palabra de Dios, su solicitud por los más pobres, su actitud de hacerse comprender por los más sencillos y de estimular la piedad, sus cualidades de organizador, sus iniciativas para prolongar el fervor por la fundación de movimientos espirituales o para comprometer a los laicos en el servicio a los pobres, todo ello, con las debidas adaptaciones, puede inspirar a los apóstoles de hoy. Una de las constantes en las numerosas misiones predicadas por san Luis María merece ser destacada hoy: pide renovar las promesas del bautismo, haciendo incluso de este camino una condición previa para la absolución y la comunión. Esto adquiere sorprendente actualidad en este primer año de preparación para el gran jubileo del año 2000, dedicado precisamente a Cristo y al sacramento del bautismo. Montfort había comprendido muy bien la importancia de este sacramento, que consagra a Dios y constituye la comunidad, así como la necesidad de redescubrir, con una firme adhe-

sión de fe, el alcance de los compromisos bautismales.

Caminante del Evangelio, inflamado por el amor a Jesús y a su santa Madre, supo llegar a las multitudes y hacerles amar a Cristo Redentor contemplado en la cruz. ¡Que él sostenga los esfuerzos de los evangelizadores de nuestro tiempo!

6. Queridos hermanos y hermanas de la gran familia monfortiana, en este año de oración y reflexión sobre la preciosa herencia de san Luis María os aliento a hacer fructificar este tesoro, que no debe permanecer oculto. La enseñanza de vuestro fundador y maestro abarca los temas que toda la Iglesia medita al acercarse el gran jubileo; va señalando el camino de la verdadera Sabiduría, que es necesario abrir a tantos jóvenes que buscan el sentido de su vida y el arte de vivir.

Aprecio vuestras iniciativas para difundir la espiritualidad monfortiana, de la manera que conviene a las diferentes culturas, gracias a la colaboración de los miembros de vuestros tres institutos. Sed también un apoyo y un punto de referencia para los movimientos que se inspiran en el mensaje de Grignon de Montfort, a fin de dar a la devoción mariana una autenticidad cada vez más segura. Renovad vuestra presencia entre los pobres, vuestra inserción en la pastoral eclesial, y vuestra disponibilidad para la evangelización.

Encomendando vuestra vida religiosa y vuestro apostolado a la intercesión de san Luis María Grignon de Montfort y a la beata María Luisa Trichet, os imparto de todo corazón la bendición apostólica a vosotros y a quienes están cerca de vosotros y servís.

Vaticano, 21 de junio de 1997

## SIGNOS PREOCUPANTES

En el plano de la familia tampoco faltan, desgraciadamente, signos preocupantes. Junto a comportamientos nada ejemplares de no muchos individuos, pero bien orquestados y hasta admitidos socialmente, como el cambio de pareja, la infidelidad conyugal, la falta de ejemplaridad en personajes representativos o el número cada vez mayor de divorcios, nos encontramos con una mentalidad bastante extendida que desfigura valores fundamentales de la sexualidad humana...

Más aún, con frecuencia se trivializa frívola-

mente la sexualidad humana, automatizándola y declarándola territorio éticamente neutro, en el que todo parece estar permitido. Una expresión de este estado de cosas es la extensión de las relaciones extramatrimoniales, la generalización de las relaciones prematrimoniales o la reivindicación de la legitimidad de las relaciones homosexuales.

Declaración de la Asamblea Plenaria del Episcopado español *La verdad os hará libres*, de 20 de noviembre de 1990.

## «La madre Teresa de Calcuta comprendió plenamente el evangelio del amor»

Homilía del cardenal Sodano, legado pontificio, en el funeral de la madre Teresa

Queridos hermanos y hermanas en el Señor; ilustres autoridades de la India y de todo el mundo; Misioneras de la Caridad que estáis de luto:

Ha llegado el momento de dar el último saludo a la madre Teresa. Hemos venido aquí de todos los rincones del mundo para manifestarle nuestro afecto y nuestra gratitud, y rendirle el debido homenaje. Desde su frío féretro la inolvidable y querida madre Teresa sigue hablándonos, y parece repetir las palabras del Señor: «*Hay mayor felicidad en dar que en recibir*» (Hch 20,35).

Este es el centro del Evangelio, el mensaje evangélico del amor de Dios a nosotros, sus criaturas y de nuestro amor a él, un amor que pide hacerse concreto y eficaz en nuestras relaciones recíprocas. La madre Teresa de Calcuta *comprendió* plenamente el evangelio del amor. Lo comprendió con cada fibra de su espíritu indómito y con toda la energía de su frágil cuerpo. Lo *practicó* con todo su corazón y con el esfuerzo diario de sus manos. Superando los confines de las diferencias religiosas, culturales y étnicas, *enseñó* al mundo esta lección necesaria y benéfica: *Hay mayor felicidad en dar que en recibir*.

Al final de un siglo que ha conocido momentos terribles de oscuridad, la luz de la conciencia no se ha apagado completamente. *La santidad, la bondad, la benevolencia y el amor se reconocen aún cuando se manifiestan en la historia*. El Santo Padre Juan Pablo II se ha hecho eco de lo que muchas personas de todas las condiciones han visto en esta mujer de fe inquebrantable: su extraordinaria visión espiritual, su amor generoso y atento a Jesús en cada persona que encontraba, su respeto absoluto al valor de toda vida humana y su valentía al afrontar tantos retos. Su Santidad, que conocía tan bien a la madre Teresa, desea que esta funeral sea *una gran oración de acción de gracias a Dios por haber dado esta mujer a la Iglesia y al mundo*.

La historia de la vida de la madre Teresa no es sólo una mera empresa humanitaria, tal como ella fue la primera en declarar. Es una historia de fe bíblica. Se puede explicar solamente como anuncio de Jesucristo, como —utilizando sus mismas palabras— un amarlos y servirlos en la imagen sufriente de los más pobres entre los pobres, tanto material como espiritualmente, reconociendo en ellos y restituyéndoles la imagen y la semejanza

de Dios» (*Constituciones de la Misioneras de la Caridad*, I, 1). Se ha dicho que la madre Teresa podría haber hecho mucho más para combatir las causas de la pobreza en el mundo. La madre Teresa era consciente de estas críticas. Probablemente se haya encogido de hombros, como diciendo: «Mientras vosotros seguís discutiendo sobre las causas y los motivos de la pobreza, yo me arrodillaré junto a los más pobres entre los pobres y me preocuparé de sus necesidades». Los mendigos, los leprosos y las víctimas del sida no necesitan debates o teorías; necesitan amor. Quienes tienen hambre no pueden esperar que el resto del mundo encuentre la solución perfecta; necesitan solidaridad concreta. Los moribundos, los minusválidos y los indefensos niños por nacer, quienes no encuentran apoyo en las ideologías utópicas que, en particular durante los últimos doscientos años, han tratado de modelar un mundo perfecto, necesitan una presencia humana amorosa y una mano solícita.

La herencia espiritual que la madre Teresa nos deja está encerrada totalmente en las palabras de Jesús que narra el evangelio de san Mateo: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). En el silencio, en la contemplación y en la adoración ante el Sagrario, aprendió a ver el auténtico rostro de Dios en cada ser humano que sufría. En la oración descubrió la verdad esencial que es la base de la doctrina social de la Iglesia y de su obra religiosa y humanitaria en todas las épocas y en todas las partes del mundo: Jesucristo, el Verbo eterno hecho carne, *el Redentor de la humanidad, quiso identificarse con cada persona, en particular, con los pobres, los enfermos y los necesitados*: «A mí me lo hicisteis».

La madre Teresa de Calcuta ha encendido una llama de amor, que sus hijas y sus hijos espirituales, las Misioneras y los Misioneros de la Caridad ahora deben mantener encendida. El mundo tiene una gran necesidad de la luz y del calor de esa llama. El homenaje que tributamos en memoria de esta humilde religiosa, a quien ciertamente su gran amor a la India y a esta ciudad de Calcuta no le impidió ser de igual modo ciudadana del mundo, será vano si nosotros, creyentes y hombres y mujeres de buena voluntad de toda las partes del mundo, no proseguimos desde donde ella se ha detenido. *Los pobres están todavía entre nosotros*. Dado que son el reflejo del

Hijo de Dios crucificado, deben estar en el centro de nuestra solicitud pastoral, de nuestra acción política y de nuestro compromiso religioso.

El domingo pasado, en la plegaria del Ángelus, el Santo Padre recordó las siguientes palabras de la madre Teresa: «El fruto de la oración es la fe, el fruto de la fe es el amor, el fruto del amor es el servicio y el fruto del servicio es la paz». Empecemos a mejorar el mundo, dirigiéndonos con humilde oración a Dios, Creador de todo lo que existe. ¡Renovémonos en la fe! ¡Que nuestro corazón esté lleno de auténtico amor! ¡Que cada uno haga personalmente algo útil e importante por quienes tienen necesidad! Sólo cuando aprendamos a ver a los demás como nuestros amados hermanos y hermanas, independientemente de cuán lejanos estén de nosotros, la humanidad aprenderá los caminos de la paz. Entonces habremos hecho realmente *«algo hermoso por Dios»*.

Quiera Dios que, mientras encomendamos a nuestra

hermana a su recompensa celestial, todos los que han admirado a esta mujer extraordinaria se comprometan a aprender la importante lección que ha dado al mundo, una lección que es también el camino hacia nuestra felicidad humana: *«Hay mayor felicidad en dar que en recibir»*.

Querida madre Teresa, el consolador dogma de la comunión de los santos nos permite sentirnos aún más cerca de ti. Toda la Iglesia te agradece tu luminoso ejemplo, y promete hacerlo patrimonio suyo.

Hoy, en nombre del Papa Juan Pablo II, que me ha enviado aquí, te dirijo un último saludo terreno y, en su nombre, te agradezco todo lo que has hecho por los pobres del mundo. Ellos son los predilectos de Jesús. También lo son de nuestro Santo Padre, su Vicario en la tierra. Y en su nombre deposito sobre tu féretro la flor de nuestro más profundo agradecimiento.

Querida madre Teresa, descansa en paz.

## «El llanto del hombre en Dios, y en el hombre la alegría...»

### ROMANCE 8

Entonces llamó a un arcángel,  
que San Gabriel se decía,  
y enviólo a una doncella  
que se llamaba María,

de cuyo consentimiento  
el misterio se hacía;  
en la cual la Trinidad  
de carne al Verbo vestía.

Y aunque tres hacen la obra,  
en el uno se hacía;  
y quedó el Verbo encarnado  
en el vientre de María.

Y el que tenía sólo Padre,  
ya también Madre tenía,  
aunque no como cualquiera  
que de varón concebía;

que de las entrañas de ella  
él su carne recibía;  
por lo cual Hijo de Dios  
y del hombre se decía.

### ROMANCE 9

Ya que era llegado el tiempo  
en que de nacer había,  
así como desposado  
de su tálamo salía,  
abrazado con su esposa,  
que en sus brazos la traía,  
al cual la graciosa Madre  
en un pesebre ponía,  
entre unos animales  
que a la sazón allí había;  
los hombres decían cantares,  
los ángeles melodía,  
festejando el desposorio  
que entre tales dos había;  
pero Dios en el pesebre  
allí lloraba y gemía,  
que eran joyas que la esposa  
al desposorio traía;  
y la Madre estaba en pasmo  
de que tal trueque veía:  
El llanto del hombre en Dios,  
y en el hombre la alegría,  
lo cual del uno y del otro  
tan ajeno ser solía



IN MEMORIAM**Padre José Julio Martínez, S.J.\*****Juan Luis Cortina, S.J.****Una sustitución providencial**

El 16 de abril de 1939 fallecía en Bilbao el P. Remigio Vilariño Ugarte. El hecho tuvo gran resonancia en los círculos sociales, religiosos y literarios de la Villa. En la nota necrológica de la revista *Mensajero* se decía: «Ha muerto el que parecía nacido para dirigir perpetuamente *El Mensajero*. ¡Cuarenta años llevaba escribiendo en él! ¡Increíble, pero dura realidad! Su robusta constitución y su salud nos hacían esperar fundadamente que todavía gozaríamos por muchos años de su compañía».

No se antojaba fácil la sustitución de un hombre tan capaz y tan entregado como el P. Vilariño. Así las cosas aparece el número de la revista del mes de septiembre, con un nombre nuevo firmando el primer artículo, el que expone la intención mensual del Apostolado de la Oración. El autor se llama José Julio Martínez y es el nuevo director que sustituye al recientemente fallecido, padre Remigio Vilariño.

**La forja del apóstol**

Pero, ¿quién era ese hombre y cuál su preparación, para hacerse cargo de una tarea tan amplia y tan comprometida?

Astorgano de nacimiento, a los cinco años se traslada con los suyos a Tolosa. Por razones profesionales, la familia Martínez-Díaz se instala en Tolosa donde el padre de José Julio ejerció su profesión de notario, hasta el fin de sus días. Estudia el bachillerato con los religiosos de las Escuelas Pías y, bajo la tutela garantizada de su padre, José Julio concluye su carrera de Derecho, que culmina a los 21 años yendo a examinarse a Valladolid. Vive en un ambiente de intensa piedad familiar, donde florecen las vocaciones religiosas, en plural, tanto de los hijos, como de las hijas de los señores Martínez-Díaz. El joven y brillante estudiante tiene capacidad para atender a más realidades que las meramente estudiantiles. Culti-

va los diversos campos de la literatura; el drama y la poesía inspiran su joven pluma. Un canto a Tolosa, otro a los marinos vascos reciben la aprobación del público e incluso los laureles del premio.

Tiene ya 21 años y es el momento de tomar una decisión que oriente definitivamente su vida. Siente la llamada de Dios a la vida religiosa. Pero, ¿en qué Instituto? Le atrae la sencillez y devoción de Francisco de Asís. Siente también con fuerza la invitación de Ignacio de Loyola, de alistarse bajo la bandera del Sumo Capitán, rey Eterno y Señor Universal. Finalmente se decide por la Compañía de Jesús.

Llega a Loyola en una tarde de octubre de 1927. A lo largo el primer bienio supera favorablemente las pruebas del noviciado: oficios humildes y de mortificación de la voluntad, un mes completo de Ejercicios Espirituales en absoluto retiro, disponibilidad a los mandatos del Superior... Concluido su noviciado emite sus votos religiosos. En el siguiente bienio de Loyola cursa estudios de Humanidades y lenguas clásicas. Aquí se hace patente su felicísimo ingenio para las tareas literarias. Con el advenimiento de la Segunda República y la subsiguiente disolución de la Compañía de Jesús, se produce el exilio masivo de jesuitas, sobre todo de los que están en el período de sus estudios. El Padre José Julio se instala con sus compañeros en Marneffe (Bélgica). Aquí cursará dos años de filosofía escolástica.

El curso 1933-34 viene el P. Julio destinado a Bilbao. Su tarea es ayudar al padre Ángel Basterra en la Congregación Mariana de los Kostkas. En esta coyuntura, siendo yo congregante, conocí al P. José Julio. Al estar dispersos los jesuitas y sus obras suprimidas, los congregantes nos movíamos en una situación de precariedad y nuestras actividades se realizaban con no pocas dificultades. El P. José Julio parecía crecerse ante las dificultades. Aún recuerdo el entusiasmo con que nos acompañaba en nuestras excursiones por el entorno de Bilbao. José Julio era el Padre cercano que prodigaba bondad y alegría, con la mira siempre puesta en ayudar a aquellos muchachos.

José Julio se despidió de nosotros y emprendió el regreso al escolasticado de Marneffe, para cursar sus años de teología. A la conclusión del tercero, el jesuita estu-

\*Agradecemos la autorización para publicar este artículo biográfico sobre el gran apóstol del Corazón de Jesús, obtenida por medio del Secretariado Diocesano del A. de la O. de Barcelona.

dante ve colmada la ilusión de su vida: llegar a ser sacerdote.

En agosto de 1938 ingresamos en el Noviciado de Loyola seis de aquellos congregantes que hacía cuatro años nos habíamos despedido de él. Entrábamos en la Compañía de Jesús. Allí nos encontramos de nuevo. A lo largo de este curso 1938-1939 concluía José Julio sus largos años de formación académica y espiritual. Haría de nuevo un mes completo de Ejercicios Espirituales. Nada sabemos de su progreso espiritual en este año importante en la formación del jesuita. Es sin duda bastante significativo el hecho de que fuese elegido entre todos sus compañeros, una treintena larga de jesuitas ya preparado para sus actividades apostólicas, como el más idóneo para coordinar y encauzar las directrices espirituales de quien moderaba y dirigía aquel grupo de jesuitas.

### La actividad apostólica de un celoso operario

En el verano de 1939 el P. José Julio se encontraba totalmente disponible para lo que dispusiese su superior. El perfil que mostraba parecía el más idóneo para colmar el vacío producido unos meses antes, por la muerte del P. Vilarriño. Ya vimos que en el número de septiembre de 1939 aparece el P. José Julio como director de la revista *Mensajero del Corazón de Jesús*. La va a dirigir durante 25 años, así como *De Broma y de Veras*. A partir de 1965 dirigirá también la revista *Hosanna*.

Ciñéndonos a su actividad literaria, con objeto de parcelar y hacer más asequible su tarea apostólica, debemos decir que, al menos desde el año 1939 hasta su retiro a Loyola, por motivos de salud, en 1996, no deja la pluma: escribe y escribe sin cesar. Es un incansable publicista. Resulta prácticamente imposible dar siquiera una somera referencia de lo que publicó. Como sencilla muestra diremos que de su obra, tal vez la más representativa, *El Drama de Jesús*, cuya edición vigesimoséptima tengo en mis manos, se han impreso más de un millón de ejemplares. Otras dieciséis obras dan un idea de la ingente tarea del padre José Julio, que cuando ya no podía escribir por la deficiencia de su vista, dictaba sin cesar o grababa en cintas magnetofónicas sus instrucciones espirituales, conferencias, ejercicios, poesías, cartas... En fin, era José Julio una catarata de creatividad que le impulsó desde los años juveniles de Tolosa hasta los noventa en que, como decíamos, hubo de retirarse a Loyola.

Durante casi veinte años empleó la radio local para difundir sus homilias dominicales. Por mandato de sus superiores hubo de simultanear su actividad en la Revista del *Mensajero* con la dirección espiritual de los estudiantes jesuitas de filosofía en el escolasticado de Oña (Burgos). Esta tarea duró un bienio: 1954 a 1956. Rea-

lizaba constantes desplazamientos entre Bilbao y Oña en una desvencijada motocicleta. También empleó la bicicleta para sus desplazamientos por Bilbao. Con su sotana raída, su teja y alguna vez con el paraguas abierto, causó la admiración y la sonrisa, producida por tan singular imagen.

No puedo omitir el hecho que desde el año 1960 es el Director nacional de la Cruzada Eucarística. La llevaba muy dentro de su corazón. Sus cruzados debían ser la vanguardia juvenil de Cristo. Bien lo entendieron ellos, pues siempre estuvieron a su lado, como ayudantes de sus múltiples actividades apostólicas, «como cuerpo de guardia espiritual», en las manifestaciones de pública religiosidad a lo largo de muchos años en las procesiones bilbaínas de la Semana Santa, donde el P. José Julio, como capellán de las Cofradías, cerraba la marcha procesional, flanqueado por sus Cruzados. Cuando ya de avanzada edad regresaba a casa, acompañado por ellos, tras el recorrido procesional, se leía en su rostro el cansancio; pero al mismo tiempo se traslucía su íntima alegría por haber dado público testimonio de su devoción por la pasión y muerte del Señor. Los Cruzados le acompañaron hasta el final: presentes en los funerales del Padre, en la basílica de Loyola, la bandera de la Cruzada rindió pleitesía al Señor de la Eucaristía al alzar el sacerdote la forma consagrada. Dijeron su último adiós, junto con una ferviente plegaria, al introducir la pobre caja que contenía los restos del Padre en el blanco nicho del cementerio de Loyola.

Difícil hacerse adecuada idea de la cantidad de pláticas, retiros espirituales, entrevistas, absoluciones, capellanías, páginas impresas, emisiones radiofónicas, que como gigantesco edificio apostólico construyó este genial y audaz arquitecto del espíritu. Una muestra. Atendió como capellán, celebrando a diario una temprana misa a las Religiosas Esclavas de la Eucaristía, a lo largo de ¡49 años! Debo hacer mención también de su polifacética actividad apostólica en el barrio de la Cruz, de Bilbao. Por encargo del P. José Julio hice de capellán de un grupo de muchachos del barrio, en una acampada en el monte Gorbea. El año 1947 estrenó, en el Teatro Arriaga de Bilbao, su obra *La Divina Tragedia*, con el local abarrotado. Al año siguiente puso de nuevo la obra en escena, con el mismo éxito.

### Perfil de un hombre de Dios

Nunca le oí un juicio menos favorable sobre ninguna persona ni de la Comunidad jesuítica, ni ajena a ella. Cumplió siempre lo que él mismo escribió: «El que domina su lengua nunca se arrepentirá de haber callado». Teía sus peculiares juicios sobre cuestiones para él muy en-

trañables. Lo cual era natural. En los tiempos que nos toca vivir no es difícil la discrepancia en muchos y muy diversos problemas. Jamás le vi descompuesto, discutiendo, censurando, y menos aún murmurando. El siguió el camino que creyó que debía seguir, aun cuando tal decisión le supusiese dolorosas y hasta es posible que traumáticas decisiones.

José Julio tuvo en su vida muchos aspectos festivos y también optimistas: tenía buen humor. «Hay mucha gente buena», repetía con frecuencia. «Todo va bien». Era imposible, no digo ya apartarle de esta convicción, pero ni siquiera agrietarla.

Dentro de este talante lúdico y positivo, se hace indispensable recordar los centenares de composiciones gratulatorias y festivas con que invariablemente obsequiaba a cualquier miembro de la comunidad jesuítica que celebrase una efemérides singular. Sus belenes navideños en el comedor, sus villancicos al nacimiento de Jesús, en ese mismo refectorio, guirnaldas, adornos... todo parecía poco al buen José Julio para alegrarnos, año tras año, la Navidad.

No puedo cerrar estas esquematizadas líneas sin hablar de su extrema austeridad. No recuerdo que jamás estrenase una sotana o un par de zapatos. Aprovechaba lo que quedaba sin dueño, por la razón que fuese. Muchos años, con sus fríos inviernos, le vimos, ya mayor, a cuerpo y con sandalias. Era difícil entender cómo podía seguir trabajando tan arduamente siendo tan austero en todo lo referente al trato de su persona. Era normal para él que tras un viaje, en tren, por la noche, con un modesto billete de segunda clase, al llegar a casa, tomase un bocado, residuos de la cena del día anterior, y sin más se lanzase imperturbable a su apostólica tarea.

### «Sicut Vita...»

Casi imperceptiblemente fuimos observando que su naturaleza tan «maltratada» se iba deteriorando, muy poco a poco. Era un hombre que había dado todo cuanto Dios le había entregado generosamente. Hubo que llevarlo a la enfermería de Loyola, el año 1996. Tuvo una estancia serena y apacible. Jamás desabrido o inconforme. Su capacidad de movimiento se fue reduciendo al compás de la intelectual. Acabó sentado en una silla de ruedas. Vivió las últimas semanas con medidas de oxígeno y alimentación nasogástrica. Todo lo que quisiesen hacer respecto a su persona y salud le pareció muy bien.

Sor Inés, religiosa de las Siervas de María, pasó muchas horas junto al ya terminal enfermo. Me decía ella poco después de darle tierra en el cementerio de Loyola, que se mantuvo siempre en una paz y serenidad envidiables: reza y repite jaculatorias. Llega un momento en que su comunicación se reduce a un imperceptible balbuceo. «¿Rezamos?», le pregunta Sor Inés. Una dulce sonrisa, y a penas un *sí* imperceptible, «¿Cantamos?», insiste Sor Inés. La misma respuesta beatífica en su rostro. Se apagó y consumió como se apaga y consume una vela.

«La muerte, cuando es buena muerte es lo mejor de la vida, pues nos lleva a la posesión de Dios». «Jesús es el amigo merecedor de que vivamos por él y muramos para él». Así escribía José Julio sobre la muerte quien había escrito tantas cosas bellas sobre la vida. La suya fue dilatada y fecunda. Estas pobres líneas quieren ser, al mismo tiempo que un recuerdo emocionando al jesuita hermano, un recordatorio para quienes tenemos que saldar una deuda de profundo agradecimiento al buen P. José Julio Martínez.

## LA ESPERANZA DEL REINO DE CRISTO

Al hacer lo cual [instituir la fiesta de Cristo Rey], no sólo pusimos de manifiesto el supremo poder que Cristo tiene sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y doméstica, sobre cada uno de los hombres, sino también saboreamos ya de antemano los goces del día soberanamente fausto en que el orbe entero obedecerá de todo corazón al suavísimo dominio de Cristo.

Pío: XI: *Miserentissimus Redemptor*

# MARÍA EN EL PLAN DE SALVACIÓN

Werenfried van Straaten

En nuestros días se ha vuelto a desencadenar, en el mundo la lucha apocalíptica entre la Mujer y el Dragón. Se vuelve a alzar la vieja serpiente, cuyo nombre es Diablo y Satanás, contra la Mujer y los hijos que todavía le quedan y que obedecen los preceptos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús (Apoc. 12,17). Las legiones enemigas siguieron durante más de 70 años la bandera con la hoz y el martillo. Pero su dirigente es el mismo destructor que desde el inicio de la Historia de la Salvación está poseído por el deseo perverso de devorar al hijo de la Madre parturienta.

María es la madre del Hijo de Dios. Es la hija predilecta del Padre. Es la esposa del Espíritu Santo. Por su colaboración en la obra redentora de Jesús, se elevó muy por encima de los ángeles y los hombres. Es digna de toda alabanza porque está llena de Gracia y conservó su inmaculada santidad, ya perfecta en su concepción, durante toda una vida dedicada al cumplimiento de la voluntad de Dios, hasta el amargo desenlace en que se convirtió en la Madre dolorosa. Su glorificación ennoblece a todo el género humano. Dios, que la amó e hizo en ella grandes cosas, la creó para hacerse un regalo a Sí mismo y a nosotros.

Este regalo es indispensable para la salvación eterna de la cristiandad. Por eso es muy peligrosa para el Reino de Dios la destrucción de la imagen de María, que desde hace siglos está grabada en los corazones de los cristianos merced a la fe y al amor de la Iglesia. Y peor que la fechoría del demente, que hace años destruyó la Piedad de Miguel Ángel con un martillo, es el vandalismo de muchos profesores de religión y pseudoteólogos que deforman la imagen de la Madre de Dios en el corazón de los creyentes, le niegan la veneración, oscurecen su esplendor, alejan de ella a sus hijos y hacen enmudecer, así, el rezo del Ave María en todo el mundo.

Esto es obra de Satanás. El conoce la estrategia de Dios. Sabe lo que significa María en Su plan de salvación. Acecha el talón de aquella que al fin le aplastará la cabeza. En esta guerra sin cuartel, desencadenada desde el principio entre él y la Mujer, espera ganar al menos esta batalla y causar la ruina de la humanidad actual.

Hace ochenta años, durante la Primera Guerra Mundial, se apareció María en Fátima para instar a los creyentes a cambiar su forma de vida, no ofender a Dios, consagrarse a su Corazón Inmaculado, rezar el rosario y hacer penitencia por sus pecados. La credibilidad del mensaje se demostró mediante un signo en el cielo: el sol giró tres veces como una rueda en llamas, se precipitó hacia abajo

con velocidad escalofriante y subió en zigzag nuevamente hacia arriba.

Este milagro solar fue la confirmación de una serie de revelaciones. Estas son las palabras de María a los agraciados niños de Fátima: «Habéis visto el infierno, adonde van las almas de los pobres pecadores. Para ayudarles, Dios quiere extender por el mundo la veneración de mi Corazón Inmaculado. Si se hace lo que yo digo, se salvarán muchas almas y habrá paz. Pero, si se sigue ofendiendo a Dios, estallará otra guerra todavía peor. Para evitar esa guerra, pido la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la comunión expiatoria el primer sábado de mes. Si se cumple mi deseo, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, Rusia extenderá sus errores por todo el mundo; se desencadenarán guerras y persecuciones religiosas; muchos justos serán martirizados; el Santo Padre tendrá que padecer mucho; pueblos enteros serán destruidos. Pero al fin vencerá mi Corazón Inmaculado».

La revelación de María apenas fue oída. Por eso estalló la Segunda Guerra Mundial, tal como ella había anunciado. Terminó con la victoria del comunismo, que sometió a un tercio del mundo. Millones de refugiados y oprimidos, un telón de acero a través de Europa, un muro a través de Berlín y una persecución inaudita de la Iglesia fueron las consecuencias. Como respuesta a todo ello, surgió en 1947 nuestra Asociación en favor de la Iglesia necesitada.

Nuestra actividad obtuvo poca comprensión por parte de aquellos católicos, a cuyo entender la Iglesia de Dios podía convivir pacíficamente con el comunismo. Afirmaban que el comunismo había perdido su carácter de ateísmo militante. Esto fue una ilusión. Ningún comunista puede firmar la paz con Dios sin dejar de ser comunista. Por esto, tampoco tuvo valor el llamado eurocomunismo de los años 70 para un mundo realmente humano, que no puede existir sin el sol de Dios en el horizonte. Ello explica que Pablo VI hable tan claramente como Juan Pablo II y todos sus antecesores de «los países en los que se oprime la libertad religiosa y se impone a los pueblos el ateísmo, interpretado falsamente como la verdad de los nuevos tiempos y como una liberación».

Los dos últimos Papas han realizado tres peregrinaciones a Fátima, para rezar allí, como sencillos peregrinos, por la paz en la Iglesia y en el mundo, así como por los países comunistas y por su población privada de libertad. Fue un intento extremo de hacer entrar las palabras de María en el corazón de la cristiandad amenazada, agrupar al errante pueblo de Dios bajo el manto de María y salvarlo de la perdición.

Como un grito emocionado de socorro, resonaron el 13 de mayo de 1967 sobre las cabezas de los peregrinos las palabras de Pablo VI: «El mundo está en peligro». ¿No es mayor este peligro en un momento como el actual, en el que la sal se volvió insípida en tantas provincias eclesiales, y la unidad de la Iglesia, por la que el Papa rezó tan emocionado en Fátima, padece cada vez más violencia?

No sin motivo repite el Santo Padre una y otra vez sus advertencias, a menudo demasiado silenciadas, respecto a la anarquía espiritual que actualmente amenaza a la Iglesia. No sin motivo defiende la renovación de la vida cristiana propuesta en el Concilio contra las interpretaciones arbitrarias que el magisterio eclesiástico rechaza; contra perturbadores y destructores de estructuras esenciales de la Iglesia; contra todos los que, en vez de ocuparse con amor apostólico de salvar las almas, buscan un entendimiento con ideologías insensatas y con el espíritu profano de este mundo.

¿No se puede atribuir a la creciente decadencia moral y espiritual en la Iglesia que el peligro que corre la humanidad haya tomado tales dimensiones apocalípticas? ¿Dónde está la sal de la tierra? ¿Dónde está la luz del mundo? Si esa luz es apagada por los mismos hijos de Dios, ¿no es inevitable que intelectuales moralmente subdesarrollados hagan mal uso mañana de sus enormes posibilidades, hasta llegar al asesinato y la devastación? El Papa dijo en Fátima: «En un mundo abarrotado de armas mortales espantosas, el desarrollo moral de la humanidad no ha sido paralelo al avance técnico y científico que ésta ha conseguido». A continuación dice: «Ved aquí la imagen dramática de lo que sucede en el mundo. La imagen del mundo que Nuestra Señora nos revela. La imagen que siempre mantendremos en el espíritu mientras seguimos la invitación a orar y hacer penitencia que la misma María nos hizo en este lugar».

No está perdida toda esperanza. Todavía ocurren milagros. Posiblemente sea debido sólo al rezo del rosario por parte de gentes sencillas y a sus penitencias, a menudo objeto de broma el que la juventud detrás del telón de acero se haya apartado del marxismo. ¿Es este el preludio de un redescubrimiento de Dios? ¿Surge en el Este la aurora de la esperanza de que la promesa mariana —«finalmente vencerá mi Corazón Inmaculado»— se cumplirá antes de lo que habíamos pensado?

La resistencia orgullosa contra el lugar que ocupa la Santísima. Virgen en el plan de Dios, sólo la podemos romper si imploramos humildemente su ayuda. Pues tras las maquinaciones e intrigas de los que aparecen en primer plano se lleva a cabo una lucha gigantesca. Es la lucha entre ángeles y demonios por salvar o perder a la humanidad. El caudillo de los espíritus infernales es Satanás. A la cabeza de las legiones celestiales está la reina de los ángeles. Él, que dijo NO a Dios, se enfrenta a María, que dijo SÍ. Este es el verdadero sentido de la historia

contemporánea y la única filosofía de la historia que aclara las causas últimas.

Y María no nos abandona. Cuanto más callen los labios que están llamados a anunciar la verdad, más numerosos son los mensajes que ella dirige a los que tienen un corazón puro. Así se forma la multitud de sus humildes combatientes frente a la legión de los arrogantes que quieren derrocar a Dios de Su Trono. Y, mientras el griterío de los enemigos de Dios aumenta diariamente, ella ordena a sus hijos contestar sólo con confianza, oración, penitencia y silencio.

Recemos, pues, el Rosario y atengámonos a las palabras de María en Fátima para resistir al maligno y conservar la fidelidad a Dios. Si nos consagramos a su Corazón Inmaculado, nos guardará de errores, nos protegerá, consolará y fortalecerá. Impedirá que quedemos sometidos a Satanás. Nos salvará para la eternidad.

Y por eso en ti nos refugiamos, Madre María, en la tormenta que el Príncipe de las Tinieblas ha desencadenado. Ves que esta tormenta azota incluso las calas más protegidas y los puestos más seguros de la Iglesia de Dios. Incluso a los escogidos los arranca de sus anclas y los separa de Dios. Ves que sacerdotes de todo rango y dignidad han perdido el compás, sabotean el rumbo de Pedro y destrozan su barco en medio del mar rugiente.

Madre, tenemos miedo de la confusión, la desunión y la infidelidad a Dios que se extienden en la Iglesia como una peste. Lo que vemos ahora no es una crisis de crecimiento, sino decadencia; no es una primavera prometedor, sino un otoño oscuro. No es un florecimiento de nueva vida, sino la caída masiva de ramas muertas y sarmientos secos que no tienen vínculo alguno con la cepa divina. En lugar de fermentar el mundo con la levadura del Evangelio, el pueblo de Dios se deja fermentar por la levadura del mundo, aunque Jesucristo advirtió que no se hiciese.

Ahora que la miseria espiritual ha alcanzado en el Occidente desertor su punto culminante y los poderes de las tinieblas parecen tener vía libre, pedimos con confianza infantil tu ayuda poderosa. Ahora que corremos riesgo de que las olas de este tiempo nos arrastren y vayamos, sin timón, a la deriva, nos consagramos a tu Corazón Inmaculado y nos ponemos en tus manos maternas, así como a todo el mundo pecador en el Este y en el Oeste y a nuestra Asociación de ayuda a la Iglesia necesitada.

Consérvanos en el amor de tu Hijo, guárdanos del mal del mundo, y llévanos con seguridad al corazón de Dios. Y concédenos, Madre, que cuando hayamos traspasado la oscura puerta de la muerte y estemos ante el tribunal de tu Hijo, te encontremos allí con una sonrisa en tus ojos como nuestra poderosa intercesora ante Cristo, nuestro Señor.

(Del *Boletín de Ayuda a la Iglesia Necesitada*, octubre de 1997)

# NUESTRA SEÑORA DE KNOCK, REINA DE IRLANDA

Marta Montagut Porcar

El 30 de septiembre de 1979 el Santo Padre visitaba el santuario irlandés de Knock en ocasión del centenario de la aparición de la Santísima Virgen allí acaecida el 21 de agosto de 1879, y con estas sentidas palabras se dirigía al millón de fieles congregados: «“Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre”. Es éste también mi saludo a Mhuire Máthair Dé, María, Madre de Dios, Reina de Irlanda, en su santuario de Knock. Con estas palabras deseo expresar el gozo inmenso y la gratitud que colman mi corazón hoy en este lugar. (...) Hoy vengo aquí porque deseo que sepáis todos que mi devoción a María me une de modo especial al pueblo de Irlanda».<sup>1</sup>

La historia de la aparición de Knock nos lleva al 21 de agosto de 1879. Pero antes de adentrarnos en ella, y para comprender mejor su significado, conviene recordar el gran sufrimiento de la católica y perseguida Irlanda durante la decimonovena centuria: las consecuencias de las persecuciones, el hambre, la pobreza de la gente, los problemas de la tierra... 1879 fue uno de los años críticos.

El pueblo de Knock, en el condado de Mayo, en el noroeste de la «Isla de los Santos», era el típico de las áreas rurales de la Irlanda de la época. La gente tenía que trabajar duro para ganarse la vida y muchísimos católicos irlandeses se vieron obligados a emigrar a Inglaterra y a América, sobre todo a los Estados Unidos. Todos ellos se convirtieron en misioneros de la fe católica en todos los países de habla inglesa y difundieron el amor a la Iglesia. La pérdida de estas personas para Irlanda supuso, en cambio, ganancia para los países en los que se establecieron.

La población era profundamente católica. Aunque era pobre materialmente, su fe era para ella una perla de gran valor, guardándola por encima de todos los tesoros terrenos. Las consoladoras palabras de las Bienaventuranzas podían aplicarse perfectamente a la gente de Knock, e incluso a muchos habitantes de Irlanda, en aquellos días de duro trabajo y de miseria. La fe y la fidelidad son características de la Iglesia en Irlanda, una

Iglesia de mártires, una Iglesia de testigos; una Iglesia de fe heroica, de fidelidad heroica.

El 21 de agosto, el día anterior a la Octava de la Asunción, de 1879 estaba destinado a transformar este oscuro y pantanoso pueblo y mostrarlo a la Cristiandad.

## La aparición y su significado

El día 21 de agosto de 1879 empezó en Knock como siempre. Por la mañana hacía buen tiempo y la gente estaba ocupada en distintos trabajos al aire libre: unos recogiendo heno, otros trayendo hierba del pantano... Alrededor del mediodía empezó a llover, primero en forma de llovizna y luego de tormenta. Era como muchos otros días en Knock.

Fue por la tarde el momento de la gran aparición. Poco después de las siete de la tarde, Margaret Beirne, hermana del sacristán, había ido a cerrar la parroquia con llave y a su vuelta vio un inusual resplandor sobre la iglesia, pero, tal como ella misma atestiguó, «nunca se le pasó por la cabeza ver o preguntarse lo que era». Se fue a casa y no pensó más en ello.

Poco después, Mary McLoughlin, el ama de llaves del párroco, iba de camino a visitar a la señora Beirne. La señora Beirne era una viuda que vivía con su familia en una casa al este de la iglesia y que ese día había vuelto de pasar unas vacaciones en Lecanvey, en la costa oeste del condado de Mayo. Para llegar a la casa de la señora Beirne, Mary McLoughlin tuvo que dejar la calle principal y entrar en un camino al sur de la iglesia. Al llegar frente a la iglesia vio unas figuras, pero pasó de largo y no dijo nada, pensando «que posiblemente al Archidíacono le habían traído estas figuras de Dublín o de otra parte, y que él no había dicho nada acerca de ellas». Mary pensó «que era todo muy extraño», pero siguió su camino hacia la casa de la señora Beirne y no dijo nada de lo que había visto.

Media hora después, Mary McLoughlin volvía de su visita acompañada por Mary, la hermana de la señora Beirne. Cuando pasaron cerca de la parte posterior del templo, Mary Beirne, sin haber oído nada de Mary McLoughlin, vio las figuras, y pensando que eran estatuas preguntó cuándo las había puesto el párroco en el

1. Juan Pablo II: *Heraldo de la Paz. Irlanda, ONU, Estados Unidos*, Madrid, BAC, 1979, p. 97.

gablete. Mary McLoughlin respondió que el párroco nunca las había tenido y que cualquiera las habría puesto. Al pasar más cerca de la iglesia, Mary Beirne exclamó: «¡No son estatuas; se están moviendo. ¡Es la Santísima Virgen!». Después de alguna pequeña consulta entre las dos mujeres, Mary Beirne, bastante emocionada, corrió a casa a dar la noticia: la Santísima Virgen, «Sol de la raza irlandesa», según un poema del siglo VIII, estaba en Knock.

El hermano de Mary, Dominick, de unos veinte años de edad, no sabía si creerse la historia. Sin embargo, tanto él como su madre, su hermana Margaret y su sobrina Catherine Murray salieron y vieron también la aparición.

Mary Beirne, mientras tanto, se apresuró a dar la noticia a los vecinos que vivían en las cercanías inmediatas de la iglesia. Pronto una pequeña multitud se había reunido en el gablete mirando fijamente a la aparición. Y, ¿qué vieron?

Según su propio testimonio, vieron tres figuras de pie en la pared de la parte posterior de la iglesia, alrededor de dieciocho pulgadas o de dos pies por encima del suelo. La majestuosa figura central era Nuestra Señora. Vestía un gran manto blanco abrochado al cuello y en la cabeza llevaba una corona brillante rematada por una serie de cruces brillantes. Sus ojos y sus manos estaban levantados al cielo, en actitud orante. En la frente tenía una rosa, que simboliza que tenemos que llevar los misterios del Rosario en nuestra mente. La figura de María estaba elevada ligeramente por encima de las otras dos figuras. A la derecha de la Virgen estaba San José, con túnica y manto también blancos, vuelto devotamente hacia su Esposa. A la izquierda de la Madre de Dios estaba san Juan Evangelista. Esta figura fue reconocida por la señora Beirne porque se parecía a una que había visto en la iglesia de Lecanvey. San Juan iba vestido de obispo. Sostenía con la mano izquierda un libro abierto y tenía la mano derecha levantada en actitud de predicar. Todas las figuras estaban elevadas del suelo, cubierto con un hermoso césped.

En el centro del gablete, a la altura del presbiterio y del altar del Sagrario, situado en el interior de dicha pared, había un altar de gran tamaño con un cordero de pie sobre él. Detrás se veía, erguida, una gran cruz. Todo estaba rodeado de ángeles que dirigían sus miradas y sus manos hacia el Cordero. El altar estaba situado al este de las figuras y ligeramente por detrás de ellas. Tanto las tres figuras como el altar y el Cordero estaban rodeadas por una luz suave y brillante.

La aparición de Knock es como un anticipo de la visión de la Jerusalén celestial, donde el Cordero de Dios es adorado por la Virgen, los ángeles y los santos. La cruz nos recuerda que en ella ese Cordero fue sacrificado

por nosotros y que, sobre el altar, es donde se renueva realmente el Sacrificio de la Cruz.

La gran luz significa que el Cordero es la iluminación del Cielo, tal como nos dice el Apocalipsis (21,23). Las vestiduras blancas son las túnicas celestiales de los que han sido lavados en la sangre del Cordero.

La abundante lluvia que cayó durante la aparición era imagen de la lluvia que hacía pudrir las cosechas de patata de Irlanda. La hierba del césped seca era el símbolo de la alegría del Paraíso, donde los santos ya no padecen hambre de ninguna clase.

Las figuras de san José y del apóstol san Juan son significativas. La Virgen había vivido muchos años en familia con san José y, tras la muerte de Jesús, fue acogida en la casa de Juan. Era un recordatorio de la vida de familia en el hogar cristiano irlandés. San José, el carpintero que sacó adelante a la Sagrada Familia era, además, un recordatorio para los hombres de sus responsabilidades familiares.

María y san Juan fueron constituidos madre e hijo por Cristo cuando estaba al pie de la Cruz. Juan nos representa a todos nosotros, que fuimos hechos hijos de María en aquel momento.

San Juan es también el prototipo del sacerdote. Su presencia en esta aparición es un estímulo para los ministros del altar que ofrezcan diariamente la Santa Misa y prediquen la palabra de Dios.

No hubo palabras en aquel vislumbre del cielo. No eran necesarias para comprender el mensaje de liberación y salvación que entrañaba.

La aparición duró un par de horas. Todavía había luz del día cuando fue vista por primera vez, pero media hora más tarde ya había oscurecido. Aunque llovía a cántaros, el agua no caía hacia las figuras y el césped estaba perfectamente seco, tal como pudo comprobar Bridget Trench.

Hubo quince testigos de la aparición oficialmente interrogados, pero es sabido que fue vista por unas veinte personas. Entre los quince estaban incluidos hombres y mujeres, niños y niñas, jóvenes y mayores. El mayor tenía setenta y cinco y el menor, seis. Algunos de los testigos estuvieron hora y media; otros, menos tiempo. Empapados por la lluvia rezaban personalmente, no en comunidad. Algunos rezaban el Rosario.

El párroco de Knock, el reverendo Cavanagh, conocido por su celo pastoral y santidad, se sentó frente a la chimenea a secarse sus ropas porque había estado visitando una zona alejada de su parroquia y había vuelto empapado por la lluvia. Tras media hora, Mary McLoughlin, el ama de llaves del párroco, volvió a su casa. El párroco había estado preguntándose por su larga ausencia. Al fin Mary volvió con gran entusiasmo y le contó las maravillas que había visto, sugiriéndole que

saliera a verlas. El reverendo Cavanagh pensó que a lo mejor la señora McLoughlin había visto el reflejo de la vidriera de la iglesia, no hizo caso de lo que decía y no salió.

Judith Campbell se fue a atender a su madre enferma, la cual se había quedado sola en casa cuando se recibieron las noticias de la aparición. La señora Campbell era una anciana que vivía en una casa cruzada la calle de la iglesia. Estaba enferma y su muerte era esperada en cualquier momento. La señora Campbell había oído la noticia y al quedarse sola decidió salir hacia el gablete. Había llegado a la puerta cuando sufrió un colapso y al llegar su hija la encontró en el suelo. Judith, pensando que su madre estaba muerta, fue a avisar a la gente que estaba en la parte posterior de la iglesia, la cual acudió rápidamente. Se dieron cuenta de que no estaba muerta y estuvieron diez o quince minutos, hasta que su ayuda ya no fue necesaria. Entonces volvieron rápidamente al gablete, pero cuando llegaron ya no había ninguna aparición para ver. La lluvia caía en el gablete como si nada extraordinario hubiese sucedido. La señora Trench dijo que pensó que la aparición estaría allí siempre y los demás pensarían lo mismo. Como ya no había nada que ver volvieron todos a casa.

A la mañana siguiente la aparición era el tema de conversación del lugar. El párroco fue informado cuando iba a celebrar misa. Recordó que su ama de llaves le había contado algo de eso, de lo que no hizo caso. Interrogó a Mary Beirne y a los demás, y todos le contaron la misma historia. La única pena de la gente era que su párroco no había visto la aparición.

### Después de la aparición

Las noticias se propagaron rápidamente. La gente empezó a ir en multitud al Cnoc Mhuire, que en gaélico significa Colina de María, día y noche. Muchos inválidos eran llevados a Knock y se aprobaron muchas curaciones extraordinarias: de sordos, ciegos, lisiados, enfermos de cáncer...

El arzobispo de entonces era el Reverendísimo Dr. McHale, quien en octubre, menos de dos meses después del acontecimiento, constituyó una comisión para hacer una investigación oficial, cuyo resultado fue satisfactorio.

Las noticias de los hechos acaecidos en Knock provocaron una gran ola de entusiasmo por toda Irlanda y por todos los países en los que había emigrantes irlandeses. Era motivo de una gran alegría para ellos pensar que María, la Madre de Dios, en gaélico Mhuire Máthair Dé, había honrado a su país con su visita. Se sintieron consolados y confortados en sus dificultades y sufrimientos.

Se aprobaron muchas curaciones debidas al uso del

cemento del gablete de la aparición, cosa que provocó que los peregrinos se empezaran a llevar el cemento y pronto el edificio se viera en peligro de ruina. El arzobispo Murphy de Tasmania viajó 16.000 millas para dar gracias por la recuperación de su vista por medio de la aplicación de cemento de la iglesia de Knock.

La visita de Juan Pablo II, el 30 de septiembre de 1979, a Knock constituyó el mayor acontecimiento en la historia de este pueblo desde la tarde de la celestial visita. Al final de la Misa elevó a la categoría de basílica la iglesia de Nuestra Señora Reina de Irlanda, consagrada el 25 de marzo de 1979, y regaló al Santuario una Rosa de Oro, que tradicionalmente es el regalo más prestigioso que un Papa puede hacer y es un signo de excepcional honor.

Durante la consagración a la Madre de Cristo y de la Iglesia Su Santidad pronunció entre otras estas preciosas palabras: «Confiamos a tus cuidados maternos la tierra de Irlanda, donde has sido y eres tan amada. Ayuda a esta tierra a mantenerse auténtica ante ti y tu Hijo siempre. Que nunca suceda que la prosperidad sea causa de que los hombres y mujeres irlandeses olviden a Dios o abandonen la fe. En la prosperidad manténlos fieles a esa fe que no abandonaron en la pobreza y la persecución... Reina de Irlanda, María, Madre de la Iglesia del Cielo y de la Iglesia de la tierra, Máthair Dé, mantén a Irlanda fiel a su tradición espiritual y su herencia cristiana. Ayúdale a responder a su misión histórica de llevar la luz de Cristo a las naciones y, de este modo, ser gloria de Irlanda a la vez que glorifica a Dios».<sup>2</sup>

Actualmente Knock es un importante centro de peregrinación. La fiesta principal de Knock es el 22 de agosto y la tarde anterior es el aniversario de la aparición.

2. Ob. cit., p. 105.

## CRISTIANDAD

Edita: Fundació Ramon Orlandis i Despuig

Donativo para la suscripción ..	2.500 pts.
Suscripción de bienhechor ....	6.000 pts.
Extranjero .....	25 \$
Número suelto .....	500 pts.



# LA SAGRADA FORMA DE EL ESCORIAL

## Breve aproximación histórica y documental

Fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.



La adoración de la Sagrada Forma por Carlos II, de Claudio Coello (detalle)

El origen histórico de la famosa *Sagrada Forma* conservada en la sacristía del Real Monasterio de El Escorial, ha sido extensamente tratado a lo largo de diversos estudios y monografías;<sup>1</sup> por la cual cosa ofrecemos solamente, a lo largo de esta breve nota histórico-

1. Citamos tan solo algunos de ellos: E. ESTEBAN, *La Sagrada Forma de El Escorial* (Monasterio de El Escorial, 1911); A. ÁLVAREZ CABANAS, *La Sagrada Forma. Cuadro de Claudio Coello existente en El Escorial* (Madrid, 1935) y, más recientemente, B. MEDIAVILLA, *La Sagrada Forma de El Escorial* (Monasterio de El Escorial, 1994), etc.

divulgativa, algunos de los datos históricos de más especial significación. La historia de la Sagrada Forma escurialense hemos de remontarla al mes de junio del año 1572, cuando algunos de los seguidores más entusiastas de las doctrinas de Zwinglio<sup>2</sup> profanaron una iglesia católica de la población holandesa de Gorkum; allí uno de los profanadores arrojó, con violencia, al suelo una *Sagrada Forma consagrada* y la pisoteó, causándole tres orificios a través de los cuales brotó la sangre milagrosa (aún hoy puede verse todavía la sangre seca!); el profanador, apenado y conmovido, dio cuenta enseguida al párroco Gorkum, el reverendo Van der Delft. Ambos recogieron la Sagrada Forma y la llevaron al convento franciscano de la ciudad de Malinas, entonces ciudad católica bajo la protección de la monarquía hispana. En Malinas el profanador se convirtió al catolicismo, pasando la Sagrada Forma a la ciudad de Amberes para salvarla de los desórdenes producidos entonces por las guerras de religión. En torno de los años 1579-1580 la Sagrada Forma fue entregada por el guardián de los franciscanos de Malinas al capitán Weidner, al servicio del ejército del Emperador de Austria, que insistía en poder mostrar la Sagrada Forma a los protestantes de Alemania que no creían en la presencia real de Cristo en la Eucaristía; pero doña Margarita de Cardona, casada con Adam Dietrichstein y residente en Viena, logró que el capitán Weidner les regalara la Sagrada Forma. Cuando la duquesa de Cardona enviudó, envió desde Praga al rey Felipe II la *Sagrada Forma*; quien la recibió en Madrid a principios del año 1592, enviándola poco después, a principios del año 1594, al monasterio de El Escorial.

La Sagrada Forma, inicialmente, se colocó en el relicario del altar escurialense de la Anunciación; y junto a las otras reliquias salió del Monasterio durante el incendio iniciado el 7 de junio de 1671, retornando a San Lorenzo El Real, el 29 de junio. Cuando en 1676 el rey Carlos II visitó como rey, por primera vez, el monasterio de San Lorenzo después del incendio ocurrido en junio de 1671, emocionado por el relato de la *Sagrada Forma*, y quizás también asesorado por el P. Francisco de los

2. Canónigo de la catedral de Zurich que, influido por las ideas luteranas, se dedicó a la predicación de la doctrina protestante. Fue excomulgado en 1526.

Santos, Prior de la comunidad de jerónimos, determinó que la Sagrada Forma tuviese un altar propio en la sacristía del monasterio. El primer traslado de la Sagrada Forma tuvo lugar el día 19 de octubre de 1684, y se colocó, a modo de custodia-reliquiario, en una caja de reloj que el tío de Carlos II, el emperador de Alemania Leopoldo I, le había regalado con anterioridad. El cronista nos lo relata de este modo: «Prevenidas estas cosas, fue voluntad de Su Magestad se celebrasse la primera Translación el año de 1684, año que se siguió la liberación de Viena [en la batalla de Kahlenberg, 1683], y que en sí se mostró abundante en la felicidad de los triunfos y victorias conseguidas por las armas de la Augustísima Casa de Austria».<sup>3</sup>

El 29 de octubre de 1690 se celebró el segundo traslado de la *Sagrada Forma*, puesto que, después de las obras y del traslado efectuado en 1684, según el cronista: «El Retablo de la Sacristía, aunque decente, pareció estrecho y que no correspondía a la riquísima Custodia [en] donde se [h]avía colocado la Forma Santa».<sup>4</sup> Es poco antes de este segundo traslado<sup>5</sup> que Claudio Coello pintó, entre 1685-1690, el famoso *cuadro de la Sagrada Forma* el cual, según la opinión de varios historiadores del arte, constituye el cuadro mejor ideado, trabajado y compuesto del siglo XVII hispano. *La Sagrada Forma* es un cuadro de enormes dimensiones (aproximadamente cinco metros de alto por tres de ancho); representa el momento final de la solemne función religiosa que se celebró el 19 de octubre de 1684 con motivo del primer traslado de la Sagrada Forma desde el relicario del altar de la Anunciación (donde estaba desde 1594), hasta el altar de la Sacristía, por deseo expreso del rey Carlos II. En la pintura vemos al prior del monasterio, P. Francisco de los Santos, impartiendo la bendición con la Sagra-

da Forma a los presentes en la ceremonia, poco antes de ubicar la reliquia en su nuevo lugar. La bendición se dirige muy especialmente al Rey Carlos II, y al grupo de personalidades que hay justo detrás del monarca. Se trata, pues, del momento más íntimo y más significativo de toda la ceremonia. En las actitudes y en los rostros de los participantes se refleja la gran emoción experimentada al recibir la bendición con la forma milagrosa. También se ve en la pintura a la comunidad de jerónimos, a los niños del seminario y a la capilla de música. En el ángulo inferior izquierdo se puede observar al pintor, Claudio Coello, con anchas y pobladas patillas junto con el alcalde de El Escorial (que está de espaldas), dando la sensación que comentan la escena litúrgica desde fuera, en una actitud muy distinta a los que participan de la función; pareciendo que no contemplan el acto litúrgico, sino el cuadro, siguiendo atentamente las explicaciones de Claudio Coello.

Este cuadro pintado por Coello fue ideado por el P. Francisco de los Santos, prior del monasterio escurialense entre 1681-1687, tal como nos lo refieren las *Memorias sepulcrales*: «Y a los últimos años de este segundo trienio emprendió el rey la obra del altar de la Sacristía para colocar en él la forma consagrada que allí se venera, cuya historia omito por pertenecer a otra parte. Fue suya la idea del cuadro que zierra [sic] el altar donde está colocada dicha forma, y todos los motes o letreros que adornan dicha obra son partos de su ingenio. Celebró su Rma. [P. Francisco de los Santos] esta traslación tan magnífica con asistencia de su Mag[esta]d [Carlos II] y de casi toda la grandeza de España».<sup>6</sup>

Notamos, finalmente, la gran importancia que se otorgan a los aspectos musicales en el cuadro *La Sagrada Forma*, dado que la música es una materia de primerísima importancia en la vida litúrgica de los monjes jerónimos.<sup>7</sup>

3. Vg. FRANCISCO DE LOS SANTOS, *Función Católica y Real, celebrada en el Real Monasterio de San Lorenzo, única maravilla del mundo. Año mil seiscientos noventa*, pp. 5-6.

4. *Ibidem*, pp. 6-7.

5. Se realizó el día 29 de octubre de 1690, después de acabadas las obras de un nuevo retablo, mucho más rico, con transparente y camarín.

6. Vg. *Libro y Memorial de los religiosos hijos profesos de este Monasterio de S. Laurencio el Real*, ff. 70 v-72 r; Ms conservado en el Archivo del Monasterio de El Escorial.

7. Sobre esta cuestión, Cf., Valentí Serra de Manresa, «Algunos datos históricos sobre los órganos del monasterio de El Escorial», en *Cristiandad* LIV (1997) pp. 76-77.

La paz digna de tal nombre, es a saber, la tan deseada paz de Cristo, no puede existir si no se observan fielmente por todos en la vida pública y en la privada las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo... En esto consiste lo que con dos palabras llamamos *reino de Cristo*.

Pío XI: *Ubi arcano Dei*

## Juan Roig Diggle

Juan Roig Diggle fue un joven profundamente cristiano. Muy niño aún, manifestó a su madre el deseo de ser misionero en tierra de infieles a fin de ganar almas a Cristo. A los 14 años se vio obligado a abandonar sus estudios, lo cual exigió de él el sacrificio de renunciar a su ideal de ser sacerdote.

Se distinguió siempre por su espíritu de sacrificio, por su actividad de apóstol y por su intensa vida de piedad. Madrugaba todos los días, viviendo siempre unido a Dios, procurando que todos los actos de su vida estuviesen informados de un elevado espíritu de rectitud y de sobrenaturalismo.

Los domingos por la mañana, visitaba los hospitales, prodigaba consuelo a los que sufrían y ayudaba a los moribundos a morir santamente. Las tardes las dedicaba a instruir a los obreros, a los cuales prodigaba su caridad personal. Todos los días asistía a la santa Misa, provisto de su misal romano; comulgaba diariamente, en cuanto no se lo impedía su estado de salud y todos los días hacía su habitual visita al Santísimo. Su mayor contentamiento y consuelo era recibir la Sagrada Comunión. Ello nos explica la tristeza de verse privado de ella durante el período agudo de la persecución y la felicidad que experimentó cuando su Director le confió la Sagrada Eucaristía, para que él mismo se la administrara. «Soy feliz, exclamó, y seré otro Tarsicio».

Su actividad y celo de apóstol pudo desarrollarlos en la Federació de Joves Cristians, de la cual fue un valioso, apreciado y provechoso elemento, escribiendo en el periódico, tomando parte en conferencias, organizando mítines y actos de propaganda, irradiando siempre un encendido amor a Cristo y una fuerza persuasiva fruto de su comunión diaria, de la meditación, de las prolongadas visitas a Jesús Sacramentado. No es de extrañar que los que le oían se convirtieran en entusiastas y decididos seguidores de Cristo. Sus compañeros recordarán siempre la unción de sus parlamentos, su abnegación y espíritu de sacrificio por todos los que le rodeaban. Un compañero suyo así nos habla de él: «Tengo la impresión de que todos los que le hemos tratado hemos sacado provecho de su ejemplo, pues su vida edificante llena de piedad, de convicción cristiana, de sincera humildad, y

de su pureza angélica, nos ha dejado a todos vivos deseos de imitarle. El fue el guía de mi vida, un amigo entrañable y fiel, y después de muerto un ángel de la guarda. El fue quien con su ejemplo me salvó del naufragio. Era mi mejor amigo».

Al día siguiente de haberle su Director confiado la Eucaristía, para que él mismo se la administrara, fue detenido en su casa y unas horas más tarde derramaba su sangre por Cristo. Cuando la revolución de 1934 sintió santa envidia de los mártires de Asturias. Dios colmó sus deseos y le eligió en 1936. Contaba 19 años cuando recibió la corona de mártir. Era el día 12 de septiembre, fiesta del Dulce Nombre de María. Aquella noche los automóviles fatídicos se pararon a la puerta de su casa. Su madre le avisó: «¡Ya están aquí! ¿Qué haremos?». Juan no decidió entregarse hasta tener la certeza de que Dios así lo quería. Los verdugos gritaban desde la calle; habían rodeado la casa, que iluminaban con reflectores. No era posible escapar. Entonces Juan exclamó: «Voy a comulgar». El Buen Jesús quiso ser el Viático del nuevo mártir. Él era la prenda segura de la verdadera vida, de la inmortalidad. ¡Que acto más emocionante para la madre! ¡Cuánta fortaleza para la víctima! Fue preciso abrir la puerta. La madre estrecha fuertemente al hijo querido y dice al que capitaneaba el grupo: «Si tenéis madre, tened compasión de mí!». Los otros vacilan, más él exclama: «¿Qué hacéis? ¡Prendedle y marchemos!» El hijo conforta a la madre con estas breves palabras: «Dios está conmigo».

Parece que las horas que estuvo detenido habló con tal unción a los que iban a matarle que no se decidieron hasta que uno del grupo les apostrofó de cobardes. Las últimas palabras del mártir fueron: «Que Dios os perdone como yo os perdono». Cinco balas abatieron a Juan. Así murió este joven, este héroe de Cristo. ¡Quiera Dios que sus palabras hayan sido germen de conversión para lo que le mataron. El cadáver del joven Juan Roig descansa en el cementerio de Santa Coloma de Gramanet, cerca del lugar donde recibió la palma del martirio.

«Mártires y confesores», *Hoja diocesana*, Barcelona, domingo, 2 de julio de 1939

## LA ACTUALIDAD RELIGIOSA

Javier González Fernández

### EL ROSARIO, PLEGARIA HABITUAL DE LA FAMILIA

Desde que en el siglo XII, santo Domingo, inspirado por la Virgen Santísima, difundió el rezo del Rosario, puede decirse que todos los papas han insistido sobre el provecho y necesidad de esta devoción. Conviene hacer notar también que a medida que nos alejamos de los tiempos en que empezó la difusión de esta práctica, tanto más, si cabe, apremia la Iglesia a cultivar esta forma de plegaria a la Madre de Dios ya que, como afirmaba León XIII, esperamos de la virtud del Rosario abundante ayuda para la extensión del Reino de Cristo y el remedio específico de los males del mundo moderno.

Hemos de mirar a María como modelo de la nueva humanidad. El Rosario nos muestra la respuesta de María al designio de Dios, modelo ejemplar de toda respuesta, con la que podremos vivir trascendente y a la vez humanamente todos los acontecimientos de nuestra vida personal. Así, continuando con esa tradición secular, el Papa exhortó nuevamente a todas las familias y comunidades eclesiales a rezar diariamente el Santísimo Rosario: «para el fiel y valiente cumplimiento de los deberes humanos y cristianos propios del estado de cada uno, los pastores debéis ayudar al pueblo de Dios a volver al rezo diario del rosario, ese dulce coloquio de los hijos con la Madre que “han acogido en su casa”».

En esta época, en que tanto empeño ponen los enemigos de Cristo en destruir la familia, el pueblo cristiano debe lanzarse confiadamente en brazos de María para que el Corazón de Jesús también sea honrado y reine juntamente con el de su Madre en todos los hogares. ¡Qué hermoso espectáculo y cuán acepto a Dios el que se da cuando, al caer el día, resuena el hogar con la repetición de las alabanzas a la Augusta Reina del Cielo! Esta común oración congrega ante la imagen de la Virgen en admirable concordia a padres y a hijos que vuelven del trabajo diario; les une piadosamente con los que están ausentes y con los difuntos y les estrecha a todos más íntimamente con el suavísimo vínculo del amor a la Santísima Virgen. Y esta Madre amantísima se halla presente en medio de sus hijos y reparte con profusión los dones de la unidad y de la paz doméstica. Así pues, a Jesús por María y a María por el Rosario.

¡Reina del Santísimo Rosario, rogad por nosotros!

¡Reina de las familias, rogad por nosotros!

### UNA CONFIDENCIA DEL PAPA

Resulta cada vez más patente en nuestros días aquella conducta que denunciaba León XIII en la *Humanum Genus*, cuyo único y principal intento es destruir hasta los cimientos todo el orden religioso y civil establecido por el Cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacados del naturalismo. Este intento se manifiesta en todos los órdenes. En el político, apartando del Estado toda influencia de la Iglesia y promoviendo leyes y conductas escandalosas; en lo social, llevando a los pueblos a la barbarie; en la educación, con la enseñanza laica, independiente, libre; en la vida doméstica, destruyendo el matrimonio y la familia, etc.

Este veneno, tan presente en nuestro tiempo, que en lo filosófico llamamos naturalismo y en lo social y político, liberalismo, tiene como único antídoto válido la devoción al Corazón de Jesús, fuente de vida sobrenatural, y la proclamación de la Soberanía social de Jesucristo: ¡contra el naturalismo, sobrenaturalismo! Sí, la concepción sobrenatural de la vida es necesaria para restablecer el orden de la sociedad; y para mantener esa vida espiritual nada hay más indispensable que ese alimento divino que es la Eucaristía, fuente y cima de toda la vida cristiana y filigrana de amor del Corazón de Jesús.

Santa Teresa del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia, nos enseña también el sentido primordial de la Eucaristía en la vida cristiana y mística de la Iglesia: la Eucaristía es el medio por excelencia para realizar la unión transformadora del alma con Cristo, que se consuma en el amor. Así nos explica ella misma su primera comunión: «¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma...! Fue un beso de amor. Me sentía amada, y decía a mi vez: “Te amo y me entrego a ti para siempre”. No hubo preguntas, ni luchas, ni sacrificios. Desde hacía mucho tiempo, Jesús y la pobre Teresita se habían mirado y se habían comprendido... Aquel día no fue ya una mirada, sino una fusión. Ya no eran dos: Teresa había desaparecido como la gota de agua que se pierde en medio del océano. Sólo quedaba Jesús, Él era el dueño, el rey.»

Encontramos, pues, en la Eucaristía un sólido fundamento de la vida sobrenatural al acrecentar nuestra unión con Cristo, perdonarnos los pecados veniales y preservarnos de pecados mortales. El Papa Juan Pablo II así lo expresó en su última visita pastoral a la ciudad de Bolonia

para clausurar el XXIII Congreso eucarístico italiano: «Quisiera hacer os una confidencia. Con el paso del tiempo, para mí lo más importante y hermoso sigue siendo el hecho de ser sacerdote desde hace más de cincuenta años, porque cada día puedo celebrar la Santa Misa. La Eucaristía es el secreto de mi jornada. Da fuerza y sentido a todas mis actividades al servicio de la Iglesia y del mundo entero. (...) Dejad que Jesús, presente en el Sacramento, hable a vuestro corazón. Él es la verdadera respuesta de la vida que buscáis. Él permanece aquí con nosotros, es el Dios con nosotros. Buscadlo incansablemente, acogedlo sin reservas, amadlo sin pausas: hoy, mañana y siempre.»

La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las faltas graves y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración.

#### **LA FAMILIA, ESPERANZA DE LA HUMANIDAD**

Una observación más o menos detenida de nuestra sociedad nos muestra un panorama ciertamente desolador: separaciones, divorcios, aborto, eutanasia, depresiones, suicidios, sida, homosexualidad, corrupción de menores, delincuencia juvenil, etc. Nos encontramos, pues, ante una sociedad que, engañada y desorientada, se dirige a su propio suicidio colectivo; y detrás de todo esto, dirigiendo la batalla contra Cristo y su Iglesia, se encuentra, sin duda, la antigua serpiente que realiza un supremo esfuerzo por morder el pie victorioso de la mujer predestinada a aplastarle la cabeza.

Sin embargo, como afirmaba el padre Ramière, la realidad de los peligros presentes no debilita la firmeza de nuestras esperanzas ya que, estudiando los caminos

seguidos por la Providencia, uno se siente inducido a creer que Dios aguarda, para hacer triunfar a su Iglesia, a que sus enemigos hayan desplegado contra ella todo su furor y a que crean que han conseguido sobre ella completo triunfo; ¿no se cumple ya esto a juzgar por la violencia con la que el padre de la mentira intenta establecer en todo el mundo su imperio de muerte?

La Santa Madre Iglesia, velando siempre por sus hijos, nos confirma también esta esperanza y nos da el remedio para este mal: la salvación de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligada a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar. El futuro de la humanidad y del pueblo de Dios depende de la defensa y la plena valoración de la familia. Esta es la certeza de la Iglesia y de los pueblos que reconocen en la familia, fundada en el matrimonio, un patrimonio inalienable de la humanidad. «La familia: don y compromiso, esperanza de la humanidad». Tal fue el tema y el mensaje de esperanza de Juan Pablo II en el II Encuentro mundial con las familias en Río de Janeiro.

En la base de todo el orden social se encuentra el principio de unidad e indisolubilidad del matrimonio, principio sobre el que se funda la institución de la familia y toda la vida familiar. Este principio recibe confirmación y nueva fuerza en la elevación del matrimonio a la dignidad de sacramento. El matrimonio —el ser padres, la maternidad, la paternidad, la familia— pertenece al orden de la naturaleza, desde que Dios creó al hombre y a la mujer; y mediante la acción de Cristo, es elevado al orden sobrenatural. El sacramento del matrimonio se transforma en el modo de participar de la vida de Dios. El amor conyugal se convierte en reflejo del amor de Cristo, que garantiza a los esposos, a la familia y al mundo entero, la posibilidad de reproducir el amor del Corazón de Jesús que se «encarna» nuevamente a través de los esposos. Esta verdad, concluyó el Papa, aparece en toda su claridad cuando se lee, por ejemplo, la vida de los padres de santa Teresa del Niño Jesús.

**Cristo es, en efecto, la fuente del bien público y del bien privado: en ningún otro hay salvación, pues ningún otro hombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos.**

Pío XI: *Quas primas*

# LA ACTUALIDAD POLÍTICA

Jorge Soley Climent

## ¿QUIÉN ES VERDADERAMENTE JUDÍO?

La pregunta no es intrascendente y amenaza con dividir en dos al pueblo judío, polarizado en torno a Jerusalén y Nueva York. El Estado de Israel es un caso único en el mundo: es un estado judío, pero no sólo de los judíos que viven en él, sino de todos los judíos de la diáspora. La Ley del Retorno determina que todo judío tiene derecho a llegar hasta Israel y a adquirir la nacionalidad israelí. El problema está en saber quién es verdaderamente judío: en 1958 David Ben Gurion, asesorado por 45 notables judíos de todo el mundo, definía al judío como el nacido de madre judía o converso al judaísmo. Esta definición, sin embargo, no ha solucionado el problema. Daniel Rofezin nació judío pero después se convirtió a la fe cristiana y se ordenó sacerdote. Vive desde 1962 en un convento en Haifa, al norte de Israel. Al llegar a Israel solicitó la nacionalidad israelí amparándose en la Ley del Retorno, afirmando que su nacionalidad es judía y su religión cristiana. La nacionalidad le fue denegada y, tras interponer recurso, el Tribunal Supremo determinó que un judío converso a otra religión no podía considerarse judío. La situación en la que vivían los judíos cristianos en Israel, ya de por sí precaria, sufría así un nuevo y grave empeoramiento. También se producían importantes incoherencias, como que en la misma familia pudiesen haber miembros con nacionalidad israelí o sin derecho a ella, o que un judío ateo, renegando de su religión, continuase siendo considerado judío mientras no abrazase otra religión, en la mayor parte de los casos el cristianismo.

Ahora lo que se discute es el caso de las conversiones al judaísmo, que pueden haberse realizado en el seno de las tres corrientes en que se divide el judaísmo: ortodoxa, reformista o conservadora. Los reformistas y conservadores, más liberales, se concentran en Estados Unidos donde son ampliamente mayoritarios (de los 6 millones de judíos norteamericanos, alrededor de 5 millones se adscriben a estas dos tendencias). Por su parte, los ortodoxos son predominantes entre los 8 millones de judíos del resto del mundo, Israel inclusive. La Ley de Conversión que impulsan los partidos ortodoxos que sustentan al gobierno de Netanyahu no reconoce las conversiones realizadas fuera del Estado hebreo por rabinos reformistas y conservadores si no son confirmadas por el rabinato ortodoxo de Israel. Una de las primeras consecuencias

de la ley repercutiría directamente en el elevado número de matrimonios mixtos existentes en Estados Unidos en los que la esposa se ha convertido por el reformismo: los hijos de estos matrimonios dejarían de ser considerados judíos. Netanyahu, consciente de la importancia del judaísmo norteamericano, tanto por su apoyo financiero como por su influencia en la Casa Blanca, está haciendo lo imposible para encontrar una fórmula de compromiso. Junto a la amenaza, siempre presente, de la asimilación, se alza ahora el peligro de la división del pueblo judío.

## TENSIÓN EN VIETNAM ENTRE EL GOBIERNO COMUNISTA Y LA IGLESIA

La tímida y relativa «apertura» del régimen vietnamita está encontrando un escollo lógico en la Iglesia católica. La estrategia consistente en permitir cierta libertad en materia económica, al tiempo que se controla desde el poder toda «asociación», ha chocado con la postura de monseñor Nhat, obispo de la diócesis de Xuan Loc, la más grande de Vietnam. El conflicto se inició con la publicación de una pastoral en la que se daban orientaciones a los consejos parroquiales y que fue acusada por el gobierno de ser contraria a la legislación vigente en materia de agrupaciones religiosas. En concreto, se le acusaba de intentar restaurar los movimientos religiosos ilegales Alianza del Sagrado Corazón, Fraternidad Dominicana, Legión de María y Cruzada Eucarística entre otros. La reacción por parte de los cristianos ha sido pública y notoria, llegando incluso a producirse manifestaciones y enfrentamientos en un país poco habituado a estos sucesos. En el trasfondo de esta escalada de tensión aparece la construcción del importante centro mariano de Bai Dau, cuya financiación el poder civil pretende controlar. La situación es pues preocupante, pero también admite una lectura positiva: la innegable vitalidad de la Iglesia en Asia.

## ARGELIA: EL HORROR COMO RUTINA

Argelia se ha convertido en palabra de muerte, su sola mención nos remite a una de las más graves barbaries que están marcando este fin de siglo. ¿Cómo se ha llega-

do a esta locura colectiva, a esta macabra repetición de asesinatos y degüellos? Desde 1991, año en que fueron suspendidas las elecciones para evitar la llegada al poder del FIS (Frente Islámico de Salvación), la guerra civil que se está desarrollando en Argelia se ha cobrado más de 100.000 muertos. La complejidad de la situación se pone de relieve al analizar los bandos en liza: por una parte el Ejército, donde las luchas entre las diferentes familias han alentado los rumores de un posible golpe de estado, por otra parte los islamistas, divididos y enfrentados, polarizados principalmente en torno al MIA (Movimiento Armado Islámico), brazo militar del FIS, y al tristemente famoso GIA (Grupo Islámico Armado).

Una breve mirada al pasado nos puede aportar algunas claves. En primer lugar, la independencia conseguida en 1962 tras una guerra cruel que se asemejó más a una guerra civil que a una guerra anticolonial. De este modo, Argelia nació con la huella de una violencia injusta e inhumana, en lo que constituiría un estigma fundacional que no habría hecho más que perpetuarse. Luego vendría el golpe militar de 1965 y los vaivenes entre el marxismo y el movimiento de los no-alineados hasta desembocar, a finales de la década de los 70, en una importante crisis que resultó terreno abonado para el surgimiento del islamismo. El régimen militar que se instauró a raíz de la independencia llevó al país a la ruina económica; un dato puede ejemplificar este hecho más que ninguna argumentación: el 80 % de la renta del petróleo pasó a dedicarse a importar productos básicos de los que anteriormente Argelia se autoabastecía. Esta situación continuó deteriorándose en la década de los ochenta, el PIB per cápita pasó de 2700 dólares en 1985 a 1400 en 1988. Las mezquitas y ulemas de las zonas periféricas de las ciudades, en abierta oposición al régimen, captaron fácilmente a una juventud desencantada y sin porvenir que busca en el islamismo una salida a la crisis. Quizá nos ayude a comprender el peso de las masas de jóvenes desocupados —*hittistas*, «aguantaparedes» en castellano— el contemplar la estructura demográfica de Argelia, un país de 29 millones de habitantes en el que tres de cada cuatro personas son menores de 30 años.

Así llegamos hasta junio de 1990, cuando el FIS consigue el 59 % de los sufragios en las elecciones municipales, triunfando en las tres grandes ciudades del país: Argel, Orán y Constantina y consiguiendo la alcaldía en 32 de las 48 *wilayas* del país. En diciembre de 1991, en la primera vuelta de las elecciones generales, el FIS repite mayoría y la posibilidad de establecer una república islámica a pocos kilómetros de Europa toma visos de verosimilitud. Con el apoyo de Occidente y de Francia en especial se suspende la segunda vuelta de las elecciones: el baño de sangre ha comenzado. La vuelta de Boudiaf, en un intento de legitimación del nuevo poder,

acabará de manera trágica al caer abatido el presidente bajo las balas de un miembro de su escolta en 1993.

El conflicto se ha ido agudizando a medida que se acumulaban los muertos en el haber de los distintos bandos. Frente al MIA, los islamistas más radicales crean el GIA, responsable de las matanzas indiscriminadas de civiles y de religiosos cristianos. En las filas gubernamentales también existen divisiones entre los partidarios de una solución negociada y los que abogan por el exterminio de los guerrilleros islamistas. A partir de estas premisas cualquier combinación es posible en una guerra total en la que no existen neutrales. Las últimas masacres desatadas por el GIA, coincidentes con la liberación del imán Madani, líder del FIS, parecen encaminadas a cerrar toda posibilidad de negociación y serían imposibles de realizar sin la complicidad de parte del Ejército. El fraude en las últimas elecciones de octubre abre nuevos interrogantes en un país exhausto que no vislumbra otra salida que el agotamiento y la muerte de los contendientes.

## LOS TORIES A LA DERIVA

El descalabro electoral sufrido por John Major a manos del nuevo primer ministro Tony Blair ha conmocionado las propias bases ideológicas del partido conservador británico. Tras asumir el liberalismo más radical en el terreno económico, la apuesta del nuevo hombre fuerte *tory*, William Hague, pasa por proclamar ese liberalismo también en materia de costumbres. La defensa del «multiculturalismo» frente a la «manera de ser tradicional británica», la publicación de un escrito en una publicación de homosexuales, y el discurso del ex ministro conservador Portillo (avalado por el propio Hague) reclamando tolerancia hacia las diferentes actitudes sexuales, incluyendo el adulterio, son algunas muestras de este giro. La desorientación de los nietos de Peel y Disraeli es patente.

Nos llegan también ecos de la polémica suscitada en el Reino Unido en torno al aborto. La chispa que ha encendido el debate es la directriz publicada por el Colegio Británico de Obstetras y Ginecólogos aconsejando a sus miembros que anestesien a los fetos que vayan a ser abortados a partir de la semana 24 de gestación. Mientras los pro-abortistas afirman que hasta la semana 26 no hay dolor, los grupos pro-vida han hecho público otro estudio que sitúa el dolor fetal a partir de la décima semana de embarazo. En cualquier caso, anestesiar a fetos, a seres humanos, para después matarlos fríamente es algo propio de las peores pesadillas de la ciencia-ficción y, sin embargo, está ocurriendo. Una vez más asistimos, con el corazón encogido, a los estremecedores frutos de la cultura de la muerte.

## Por la declaración de san Ignacio de Loyola como Doctor de la Iglesia

El carácter eminente del magisterio espiritual de san Ignacio de Loyola realizado, no exclusivamente pero sí de modo principalísimo, por sus «Ejercicios espirituales», es algo que no requiere ser investigado ni demostrado con aporte documental. El papa Pío XI le proclamó patrono de todos los ejercicios espirituales. En su Encíclica *Mens Nostra* de 20 de diciembre de 1929 expresó, sobre el camino espiritual propuesto por san Ignacio de Loyola, una singularísima aprobación, y la calificó de «tesoro que Dios ha manifestado a su Iglesia en estos últimos tiempos», que «adornado con plenas y reiteradas aprobaciones de la Santa sede y ensalzado con las alabanzas de varones preclaros en santidad y ciencia del espíritu, ha producido durante casi cuatro siglos grandes frutos de santidad».

A la eminencia de esta doctrina que, como observó Francisco Suárez, «es más práctica que especulativa», hay que añadir la firmeza de los fundamentos doctrinales en que se basa y apoya, y cuyos enunciados a lo largo del texto de los Ejercicios, en sus meditaciones y contemplaciones y en sus documentos, contienen una luminosa profesión de los misterios de la fe católica.

De esta doctrina contenida en los Ejercicios escribió el propio Francisco Suárez:

«Siempre brilla en ella la sana doctrina. Nadie puede poner en duda algo contenido en el libro: pues todas las cosas están tomadas o bien de principios ciertos y dogmáticos, o bien de la doctrina más recibida de los teólogos. Hay que advertir que aquella obra, en sí misma y por su finalidad, no está destinada a transmitir doctrina teológica. Pero debiendo suponer toda meditación, para ser útil, la verdad sobre la materia a que se dedica, por esto, en esta obra en cada uno de los ejercicios se presupone la verdad de la historia, cuando en ella se funda, como ocurre en todos los ejercicios acerca de la vida de Cristo, Nuestro Señor, o del pecado de los ángeles, o de la caída del primer hombre y otros semejantes. En otros ejercicios... siempre está presupuesto el fundamento de la fe, y casi no se funda más que en él, y si algo se añade, se apoya en una experiencia cierta, o está tomado de la doctrina de los Padres» (Francisco Suárez, *De Religione Societatis Iesu*, lib. IX, cap. 5, núm.4).

Si es patente, en lo espiritual y en lo dogmático, la eminencia de la doctrina de san Ignacio de Loyola en los Ejercicios espirituales, no lo es menos el origen de especial iluminación por don y carisma del Espíritu Santo

que, según el testimonio del propio santo y de sus colaboradores más íntimos e inmediatos, consta por modo indudable.

El hecho mismo de que, según afirmación de su insigne estudioso el padre Juan Roothaan, «al escribir el libro era San Ignacio hombre rudo en su pluma, por ser totalmente carente de letras» (*Opera Spirituality*, vol. II, prol, p. 8, Roma 1936); testimonio avalado también por los contemporáneos de san Ignacio, confirma el carácter carismático de la sabiduría y ciencia espiritual, y del espíritu de consejo y de discernimiento, que llenan las breves páginas del libro de los Ejercicios.

Todo el conjunto de las obras del santo, de su propia autoría o de su responsabilidad, corroboran aquella eminencia de la doctrina y el hecho de ser su autor «ilucidado por la virtud divina», para decirlo con las palabras con las que el propio san Ignacio hablaba de los Doctores escolásticos (*Ejercicios*, 363).

La fecunda fructificación del carisma ignaciano se ha manifestado en múltiples desarrollos de la doctrina y de la piedad católicas en los siglos modernos: así en la conexión entre la espiritualidad de los Ejercicios y el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; en la influencia de las más centrales meditaciones ignacianas en el desarrollo, ya en nuestro siglo, del culto a Jesucristo Rey del universo; en la continuidad entre la doctrina ignaciana y el progreso en el pueblo fiel de la devoción a María Inmaculada y Madre de la gracia.

Por otra parte, el desarrollo creciente de las doctrinas sobre la autoridad de la Iglesia jerárquica, y en especial sobre la primacía de la Sede Apostólica, y la infalibilidad del Magisterio pontificio, son hechos en los que brilla espléndidamente la actualidad perenne de las «Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener» (*Ejercicios*, 353-370).

Todas estas razones parece que justifican el deseo, que indudablemente sienten numerosos fieles católicos, de que san Ignacio de Loyola sea declarado por «la Santa Madre Iglesia jerárquica», por el «Vicario de Cristo», Doctor de la Iglesia.

Si este deseo se extendiese entre los fieles, la presentación formal y oficial del mismo ante la Sede Apostólica correspondería por modo congruente a la Compañía de Jesús, con la fuerza y ayuda de las asociaciones por ella suscitadas y que han nacido del espíritu de san Ignacio.